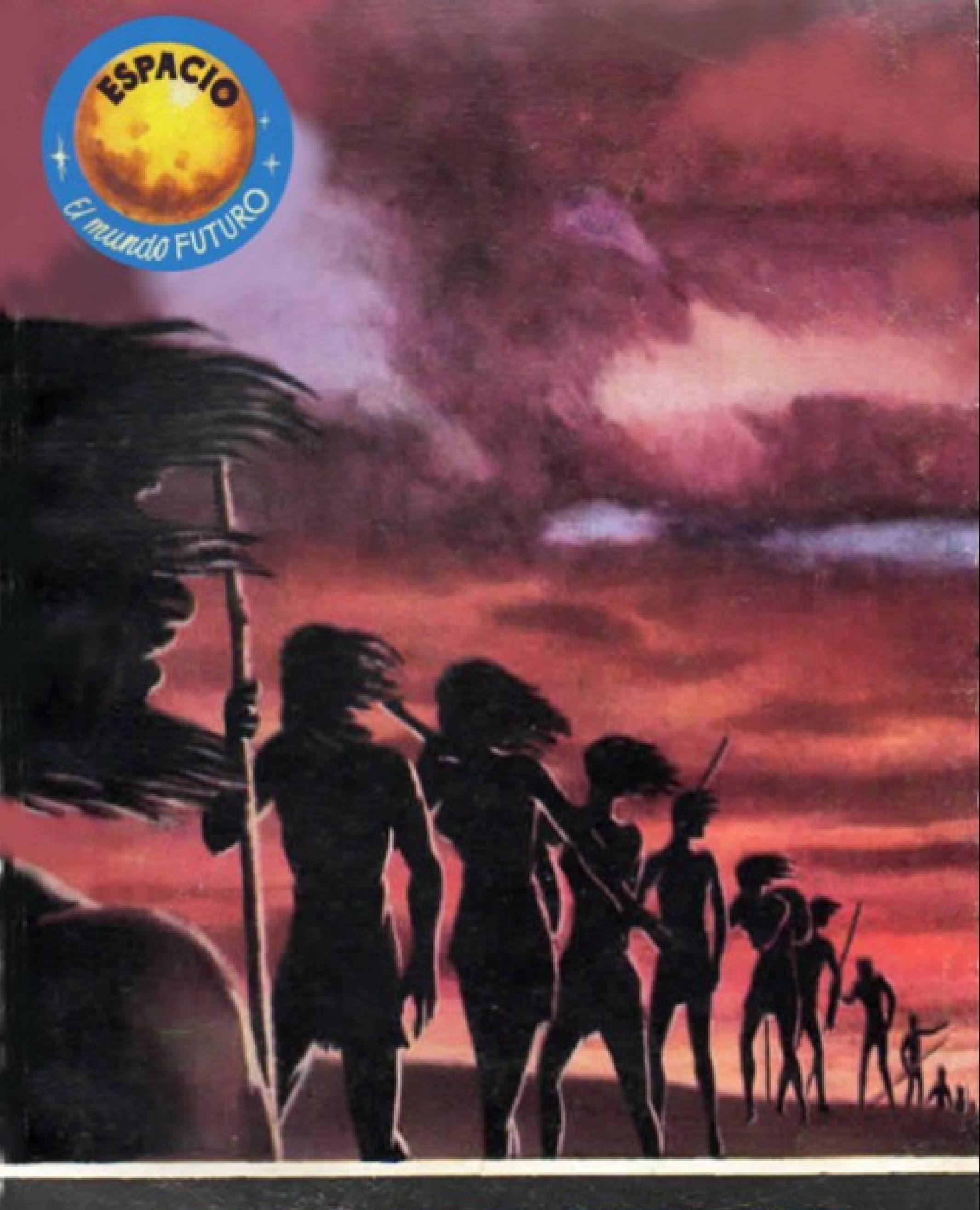


CONFLICTO ABSOLUTO

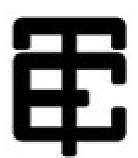
CLARK CARRADOS

Colección ESPACIO

CONFLICTO ABSOLUTO

por

CLARK CARRADOS



Depósito Legal: B. 1730 - 1964

Núm. de Registro: 6236 - 1963

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORA Y, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

L

a descarga de energía pasó como una centella de intolerable blancura por entre los dos hombres y fue a estrellarse contra una roca que estaba a sus espaldas y en la cual abrió un profundo boquete del diámetro de un puño.

—¡Diablos, Jack! ¡Échate al suelo, nos están tiroteando! —gritó Val Hallydan, capitán de la astronave «Minerva», posada sobre sus patas sustentadoras a poco más de cien metros de distancia.

Los dos hombres se tendieron inmediatamente, con el tiempo apenas justo para esquivar una segunda descarga que convirtió en apestoso humo un árbol de frondosa copa.

—Pero, ¿qué diablos pasa en este condenado planeta? —barbotó coléricamente Jack Dude, segundo de la astronave—. ¿Se ha vuelto loco todo el mundo?

—¡Cuidado! —gritó Val—. Agáchate.

Algo cruzó el espacio, silbando oscuramente, y fue a estrellarse contra la roca anterior con gran crujido. Esquirlas de piedra volaron por los aires.

—Antes, haces de energía. Ahora, piedras —masculló Dude—. Val, ¿tú entiendes esto?

—No, ciertamente, salvo una cosa —contestó Hallydan—: En este planeta están en guerra.

La mandíbula del segundo oficial colgó repentinamente a causa del asombro que le producía la inesperada noticia. Todavía no había acabado de digerirla cuando se oyó un segundo silbido, mucho más pronunciado que el anterior. Luego, a unos ciento cincuenta metros delante de ellos, se alzó un cono de humo, tierra y rocas, de cuyo seno brotó una espantosa detonación.

Dude se pasó una mano por los ojos.

—El Señor me perdone, pero... Energía, piedras... y ahora obuses. ¿En qué mundo de locura hemos ido a aterrizar?

La nave continuaba intacta en el mismo sitio, pulida, brillante como un colosal lápiz de envolvente metálica, devolviendo centuplicados los rayos de los dos soles de Sharryck, el uno amarillo, tipo Sol, y el otro, mucho más pequeño pero de coloración azulada; ambos orbitaban en torno a sí mismos, a unos doscientos millones de kilómetros de la superficie.

A lo lejos, se divisaban los tejados y las cúpulas de la ciudad, en cuyas inmediaciones Val había ordenado el aterrizaje con el fin de entablar relaciones amistosas y comerciales con los nativos de Sharryck. Pero, a juzgar por lo que estaban viendo, éstos no tenían mucho interés en relacionarse con ellos.

—Ven aquí —dijo Val de pronto, mientras se arrastraba hasta una grieta capaz de contenerlos a ambos con cierta comodidad, al tiempo que les proporcionaba un mejor resguardo contra las descargas enemigas.

De repente, un hombre se alzó delante de ellos, a unos cincuenta pasos de distancia. Vestía camisa y pantalones de un tejido muy brillante, casi sedoso, y en la mano llevaba una gran pistola, de boca muy ancha.

—¡Cuidado, Val! —gritó Jack—. ¡Ese bastardo viene a por nosotros!

La pistola de energía despidió una ráfaga de insoportable

blancura. Fue como un rayo de luz de unos diez centímetros de grueso, que elevó bárbaramente la temperatura durante una décima de segundo. Val hundió la cabeza en los hombros, dejando pasar la salva, y luego volvió a mirar por el borde de la zanja. Sabía que después de un disparo, toda pistola energética necesitaba de un espacio mínimo de cinco segundos para generar la fuerza necesaria para un segundo disparo. Febrilmente, buscó el modo de abatir al individuo que corría hacia él.

Repentinamente, un segundo sujeto salió a espaldas del primero. Vestía con pieles y tenía el pelo largo y aceitoso, muy desgreñado. Iba sucio, pringoso, y ofrecía un aspecto realmente repulsivo. A Val le recordó los grabados que había visto en sus primeros años de escuela, relativos a las razas primitivas terrestres, en la Edades prehistóricas.

El hombre primitivo llevaba en la mano izquierda un monumental garrote y en la derecha una honda, que hacia girar sobre su cabeza. De pronto, aflojó uno de los cabos de la honda y la piedra, de más de diez centímetros de grueso, voló con la velocidad de un meteoro en busca de su blanco.

La piedra alcanzó en la nuca al hombre de la pistola de energía, y le cascó la cabeza como si hubiera sido un huevo de gallina. El hombre se desplomó al suelo, fulminado.

Una súbita idea brilló en la mente de Val.

—¡Jack! —gritó—, ¡ésta es la nuestra! ¡Voy a apoderarme de la pistola de energía!

No recibió ninguna contestación. Extrañado, volvió la vista.

La sangre se le heló en las venas, al ver el horrible aspecto que presentaba su compañero, reducido a un tronco sin cabeza. En un instante comprendió lo sucedido.

La descarga energética le había volatilizado el cráneo, a ras de los hombros, y había dejado en su lugar un muñón limpiamente cauterizado, del cual no había brotado siquiera una gota de sangre. Jack Dude no había tenido tiempo de lanzar un solo gemido.

Se estremeció fuertemente. Aquello era superior a cuanto había visto en su vida. Por un momento, estuvo tentado de dar media vuelta y echar a correr, abandonándolo todo, pero casi en el acto recordó la peligrosa situación en que se hallaba. El salvaje de las pieles continuaba corriendo hacia el caído, con ánimo,

posiblemente, de despojarle de su arma, que yacía en el suelo al lado de la mano inerte. Val se dijo que, si no lo impedía, al precio que fuera, podía considerarse irremisiblemente perdido.

Fue más el instinto de conservación que otra cosa lo que le hizo actuar. Se puso en pie de un salto y echó a correr en dirección a la pistola.

El salvaje le vio de repente y su inesperada aparición le hizo vacilar y detenerse un segundo. Pero era hombre avezado y acostumbrado a luchar continuamente, por lo que su detención apenas si duró más que lo indispensable para hacerse cargo de la nueva situación que se le planteaba.

Pendiente del hombro llevaba un zurrón de piel. Metió la mano en él y la sacó con un guijarro del tamaño de un puño, el cual, acto seguido, colocó en la honda.

Val se percató de la acción del salvaje y lanzó un gruñido. Por mucho que corriese, ya no podría alcanzar la pistola antes de que el salvaje disparase su honda. Y, por lo que había podido ver, el sujeto poseía una puntería infalible.

Sólo podía hacer una cosa. Detuvo su carrera, se agachó y cogió un pedrusco, el cual lanzó inmediatamente con todas sus fuerzas contra su enemigo, situado a unos veinticinco pasos de distancia. El pedrusco alcanzó al salvaje en el pecho, haciéndole tambalearse. La honda, que ya giraba sobre su cabeza, se desprendió de sus dedos, repentinamente sin fuerzas, y fue a parar a unos metros de distancia.

Pero era hombre duro y se rehizo enseguida. Viendo que no podía combatir a su nuevo enemigo con su arma favorita, blandió el pavoroso garrote y, exhalando un aterrador grito, se abalanzó contra Val.

Éste se hallaba ya casi junto a la pistola. El salvaje, sin embargo, no le dio tiempo a cogerla. Rugiendo como una fiera salvaje, se le arrojó encima y le asestó un terrible garrotazo que, de haberle alcanzado, le habría roto el cráneo.

Val, saltando a un lado oportunamente, esquivó el golpe. Luego asió el brazo de su hediondo enemigo y se lo retorció cruelmente.

El salvaje lanzó un aullido, mas no por ello dejó de forcejear. Levantó el pie y trató de golpear las piernas del joven. Val esquivó el golpe, mas para ello tuvo que soltar su presa.

El salvaje levantó la estaca de nuevo, empleando ahora las dos manos. Val se abalanzó contra él, bajando la cabeza y golpeándole en el pecho, antes de que tuviera tiempo de pegarle con el garrote. El salvaje retrocedió, tambaleándose perceptiblemente, pero sin llegar a caer. El palo saltó de sus manos.

Val levantó el pie derecho y pegó en el vientre de su enemigo un terrible puntapié, que le arrancó un verdadero alarido de dolor. No obstante, el hombre de las pieles era un sujeto durísimo, berroqueño. Se recobró instantáneamente y, vociferando algo en aullante idioma, se arrojó contra Val con las manos extendidas, ansiando estrangularle, cegado su ánimo por la obsesiva idea de matar.

Val esquivó el ataque y clavó su puño en el vientre del salvaje. El aire de los pulmones de su enemigo se vació explosivamente. Durante un segundo, quedó inerme, a merced de Val, el cual, ciertamente, no desaprovechó la ocasión.

Se agachó y recogió el garrote. El enorme palo giró vertiginosamente en el aire y se estrelló con seco chasquido contra la sien de su adversario. El salvaje puso los ojos en blanco durante un instante y luego se derrumbó al suelo como una masa inerte.

Val tomó aire con una gran inspiración, mientras se pasaba la manga de su cazadora por la frente, cubierta de transpiración a causa del violento ejercicio que había realizado. Luego miró en torno a él.

Apenas llevaba quince minutos en el planeta y ya se habían producido tres muertes. ¿Qué ocurría allí? ¿Por qué se peleaban hombres que usaban pistolas energéticas con otros que no habían salido aún de la Edad de Piedra, suponiendo que en Sharryck hubiese habido una edad semejante a la terrestre? Ya les había extrañado que nadie les llamase por radio durante su órbita de acercamiento, y lo que acababa de presenciar justificaba parcialmente aquel silencio de las ondas. Pero, aun así, ¿era que no había quedado nadie para usar una emisora de radio? Porque debía de haber una emisora de radio; quien usaba pistolas energéticas tenía también que utilizar las ondas hertzianas para comunicaciones inalámbricas.

Regresó junto al cadáver del primer sujeto, cuya nuca aparecía completamente hundida por la terrorífica violencia del impacto del

proyectil. Lanzó el garrote a un lado y luego recogió la pistola de energía; comprobó que el arma se hallaba cargada y en disposición de disparar. Era de un modelo nuevo y completamente distinto para él, pero, a fin de cuentas, todas las armas de dicho tipo, como las de fuego, eran semejantes y cualquiera que conociese una podía utilizar las demás.

Luego se acercó al cuerpo del que había sido su segundo y lo contempló con fúnebre melancolía. Jack Dude había sido un buen amigo y un excelente camarada, leal y disciplinado. Juntos habían recorrido extensas regiones de la Galaxia durante largos años, comerciando, cambalacheando y tratando con seres de todas las formas y modos de pensar imaginables, sin que nunca les hubiese ocurrido el menor incidente desagradable. Y ahora, en unos pocos minutos, todo había terminado, de una manera rápida, brutal y expeditiva, en un planeta como Sharryck, apartado de las espaciolíneas y escasamente frecuentado por los astronautas. Así se comprendía el porqué de la fama del planeta y las causas por las cuales nadie se acercaba allí a menos de un parsec de distancia. Ellos habían querido romper la «jettatura», creyendo que se trataba de hablillas de ociosos o de cuentos de viejas... y el resultado estaba claramente a la vista.

Apretó los labios con furia, colocándose la pistola atravesada en el cinturón de su traje. Sacó de un bolsillo un pequeño aparato de radio, apenas mayor que un paquete de cigarrillos y desenrolló el delgado cable del auricular, que se ajustó al hueco del oído. Tocó el interruptor y llamó:

—¡«Minerva», «Minerva»!

Tardó un segundo en oír la voz del operador de radio de la astronave.

—Aquí, «Minerva». ¿Ocurre algo, capitán?

—No sé qué diablos pasa en este condenado planeta. Parece como si estuviesen en guerra.

—Entonces, a eso se debe la explosión que vimos antes —contestó el operador.

—Sí, así es. Pero lo peor es que han matado al segundo.

—¡Qué! —La exclamación sonó con fuerza—. ¿Es cierto eso, señor?

Algo rugió en el aire en aquellos precisos momentos. El instinto

hizo que Val se lanzase al suelo, interrumpiendo la comunicación por unos momentos.

La tierra trepidó, mientras en torno a él se elevaban varias columnas de humo y la metralla silbaba agudamente. De repente, sonó una explosión de tono distinto a las demás.

Val levantó la cabeza y la sangre se le heló en las venas de inmediato. Una nube de humo negro se deshilaba perezosamente en el aire junto a la escotilla de acceso a la astronave.

CAPÍTULO II

El cañoneo cesó tan rápidamente como había empezado. El trueno de las explosiones y el humo fueron arrastrados en pocos segundos por la leve brisa que soplaba.

—¡«Minerva»! —aulló Val.

—Capitán, estamos bien —contestó el radio—. Aturdidos, pero...

La voz se cortó súbitamente, siendo sustituida por un rápido y excitado cuchicheo, ininteligible para Hallydan. De pronto, el radiotelegrafista volvió a hablarle:

—¡Capitán! La escotilla de acceso ha quedado bloqueada a consecuencia del impacto. El tercer oficial pregunta qué órdenes nos da usted.

Val reflexionó durante unos segundos. De repente, oyó a sus espaldas rumor de veces humanas.

Volvió la cabeza y se quedó asombrado al ver un grupo de personas a unos treinta o cuarenta pasos de distancia. La estupefacción creció de punto al apercibirse de que aquellos individuos habían surgido tan súbitamente como si hubiesen brotado del seno de la tierra.

—¡Capitán! ¿Le ocurre algo? —preguntó el radio, alarmado ante su silencio.

Bloqueado el acceso a la nave, a Val le era imposible refugiarse en ella. Era un aparato sólidamente construido, pero también constituía un blanco magnífico, y si a los artilleros les daba por batirla a cañonazos, acabarían por averiarla o destruirla

irremisiblemente. En modo alguno convenía tal cosa a Val Hallydan quien, además de pensar en las vidas de la tripulación, debía hacerlo en la valiosísima carga que se encerraba en las bodegas de la «Minerva». Por lo tanto, sólo podía hacer una cosa.

—«Minerva» —llamó, oculto desde la zanja—, zarpen inmediatamente.

—¿Qué? Capitán…

—Haga lo que le digo; es una orden. Zarpen en el acto o les destruirán a ustedes con la nave. Mantengan órbita de alcance radial y tomen coordenadas fotográficamente, para recogerme cuando mejore la situación. ¡Pronto o los destrozarán a cañonazos!

—Muy bien, capitán. Transmitiré su orden al tercer oficial.

—De acuerdo, y buena suerte.

Despreocupado por el momento de un asunto, Val volvió su atención hacia el grupo de individuos que había aparecido de forma tan repentina a unos treinta metros de distancia. Boquiabierto de asombro, se preguntó si no estaría sufriendo los efectos de un sueño.

Había oído hablar de planetas cuya atmósfera contenía gases raros en suspensión, los cuales, al ser aspirados, producían visiones de pesadilla, distintas en cada caso, según el individuo. Pero el analizador de la nave no había detectado la presencia de gases nocivos en la atmósfera de Sharryck, una de las más parecidas a la terrestre de cuantas había respirado Val en sus largas trayectorias de traficante del espacio. Lo que estaba viendo era real, absoluta y positivamente real.

Eran cinco o seis hombres y una mujer. Los hombres iban vestidos de una forma que Val hubiera reputado de absurda, de no haber sido por lo que ya había visto y oído momentos antes. Parecían guerreros medievales, pero del principio de la Edad Media, cuando todavía el Imperio Romano hacía sus últimos esfuerzos por sobrevivir. Iban armados con cascos puntiagudos, algunos de ellos adornados con cuernos de bisonte, petos y cotas de malla y pieles, escudos redondos de cuero, reforzados con gruesos clavos de metal, venablos cortos, anchas espadas y hasta un par de arcos de flexible madera de fresno, con sus correspondientes aljabas repletas de flechas.

La nave zarpó súbitamente, en silencio, anulando por medio de

sus motores el campo gravitatorio que la tenía anclada al suelo. Los guerreros apenas si le concedieron una mirada indiferente, cosa que extrañó no poco al joven. Para un bárbaro, estimó, la presencia de un aparato semejante debía de constituir un espectáculo único, digno de suspenderle el ánimo durante horas; pero aquellos individuos ni siquiera se habían preocupado por la «Minerva». ¿En qué extraño y disparatado mundo había ido a caer?

De repente, y antes de que hubiera tenido tiempo de seguir adelante con sus reflexiones, ocurrió algo espantoso. Dos de los bárbaros agarraron a uno de los individuos por los brazos y le hicieron arrodillarse en el suelo a la fuerza. Un tercer guerrero desenvainó una espada ancha y corta, de pesado aspecto, y de un solo tajo decapitó limpiamente al desdichado, cuya cabeza saltó al suelo en tanto que de su cuello brotaban ríos de sangre.

El asombro le dejó paralizado. Sonaron voces y risas de tono soez. Acto seguido, los dos primeros agarraron a la mujer por los brazos, como habían hecho con el anterior, y la forzaron a poner las rodillas en el suelo.

El ejecutor levantó la espada, todavía chorreante de sangre. La mujer, resignada, aguardó el golpe fatal sin un grito, sin una sola voz de súplica.

Val reaccionó. Ignoraba por qué querían matar a la mujer, pero se dijo que, fuese cual fuese su delito, no podía permitir un asesinato semejante. Levantó la pistola de energía y, en el momento en que el bárbaro se disponía a descargar el golpe fatídico, presionó el liberador de energía.

El haz de rayos alcanzó al guerrero en pleno pecho y se lo atravesó de parte a parte. Fulminado, el sujeto cayó hacia atrás sin un gemido.

La repentina caída del guerrero asombró a sus compañeros, los cuales, por unos momentos, permanecieron desconcertados, sin saber siquiera de dónde había partido la descarga. Fueron unos preciosos segundos que Val aprovechó para permitir la recarga del arma y decapitar a un segundo bárbaro con una andanada bien dirigida.

Pero ahora los cuatro restantes se habían dado cuenta ya del lugar de donde provenían los disparos. Los cuatro a una empezaron a aullar como bestias feroces, al mismo tiempo que echaban a

correr hacia él, blandiendo sus armas con gestos inequívocos.

Val frunció el ceño. Cuatro eran demasiados. Dada la distancia, podría derribar a uno. Pero tres quedarían en vida, y luchar contra ellos mientras recargaba la pistola, no resultaría agradable. En realidad, sus posibilidades eran prácticamente nulas.

A quince metros de distancia, partió a un bárbaro por la mitad. Fue algo horrible, debido al devastador poder de la descarga energética; el tronco cayó al suelo, mientras las piernas continuaban todavía dando unos pasos, antes de caer también.

Los tres restantes se le arrojaron encima, profiriendo gritos de fiera. Uno de ellos se detuvo y le arrojó un venablo con todas sus fuerzas. Val se ladeó y el arma se clavó en el suelo, a pocos pasos a sus espaldas.

Apretó el gatillo de la pistola, pero la carga no se había repuesto todavía. Se puso en pie, dispuesto a defenderse con uñas y dientes si era preciso.

En aquel momento, uno de los guerreros se detuvo, al mismo tiempo que su rostro se contorsionaba en una espantosa mueca de agonía y sus ojos amenazaban con salírsele de las órbitas. Dio dos o tres pasos vacilantes y se desplomó al suelo de bruces.

El mango y parte de la hoja de una espada asomaban entre sus omoplatos.

Antes de que Val hubiera comprendido lo que sucedía, uno de los guerreros se le abalanzó encima, blandiendo su espada. Val esquivó un furioso tajo y, a falta de un arma mejor, estrelló el enorme cañón de la pistola contra las narices del bárbaro, el cual se desplomó al suelo sangrando profusamente, a la vez que lanzaba agudos alaridos de dolor.

El otro se retiró un paso y levantó su brazo derecho, al extremo del cual había un pesado venablo. Val quiso dispararle una ráfaga de energía, pero, en el mismo instante, algo silbó por los aires.

Una flecha apareció en la garganta del bárbaro, cuyos ojos se dilataron desmesuradamente durante algunos segundos. Luego cayó al suelo y empezó a patear convulsivamente, mientras se esforzaba por arrancarse la flecha que le estaba quitando la vida.

El otro guerrero se puso en pie, sin ánimo de rendirse siquiera. Con el rostro enteramente cubierto de sangre, se abalanzó contra Val. Éste levantó la mano derecha y, de un disparo, hizo

desaparecer la cabeza de su enemigo. El resto del cuerpo cayó al suelo como una masa inerte.

Los ojos de Val se posaron en el guerrero que había recibido la flecha. Vio que sus movimientos apenas se percibían y comprendió que estaba agonizando. Impotente por hacer nada en su favor, se apartó a un lado, sudando copiosamente a causa de la excitación del combate.

En aquel momento, vio a la mujer que se le acercaba con un arco y una aljaba llena de flechas en las manos. Se aprestó a la defensa, dispuesto a matarla también si era preciso, para conservar su propia vida.

Pero ella no parecía dar muestras de hostilidad. Le miraba con profunda fijeza y sus facciones aparecían pálidas y contraídas. Llegó a dos pasos de él y se llevó la mano derecha al lado izquierdo del pecho.

—Te saludo —dijo gravemente.

—Te saludo —contestó Val, repitiendo el ademán. Dio su nombre y añadió—: Debo darte las gracias por tu oportuna intervención en mi favor.

—Tú me salvaste la vida cuando esos guerreros iban a exterminarme —alegó ella—. Mi nombre es Doren. ¿Eres de Sharryck?

—No, de Tierra de Sol.

—He oído hablar de ese planeta —contestó reflexivamente—. Pero no he tenido nunca ocasión de conocerlo. En realidad, son muy pocos los que han conseguido volar por el espacio exterior de mi planeta.

Val examinó críticamente a Doren durante unos momentos. Calculó su edad como comprendida entre los veinte y veinticinco años, terrestres por supuesto; y era alta, demasiado quizá, pues apenas resultaba unos cinco centímetros más baja que él, que en ningún modo podía considerarse un sujeto de menguada estatura. Pero el posible inconveniente de la desmesurada corpulencia de Doren quedaba paliado por la estatuaria proporción de su anatomía, de formas rotundas y mórbidas, mal veladas por los andrajos que vestía. Tenía el pelo suelto por los hombros, uno de los cuales asomaba por un rasgón de su vestido, y era de un color dorado brillante. En cambio, sus pupilas eran muy negras, dando la

sensación de que poseían una insondable profundidad. El vestido, harto sucio y harapiento, le quedaba muy corto, apenas a mitad de los muslos.

—Quizá puedas hacerlo algún día —contestó Val, no muy seguro, sin embargo, de lo que decía—. Y, en mi opinión, creo que es lo mejor que podías hacer, Doren.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Éste es mi planeta.

—Pero ¡todo el mundo está en guerra aquí! Llevo apenas un par de horas en él y, en estos ciento veinte minutos, he visto más muertes que las que ve un terrestre en sus casi ciento cincuenta años de existencia media. Incluso he tenido que matar, cosa que no me había sucedido jamás. Ni creí que me sucediera —añadió de mal humor—. Claro que, si no hubiese matado, el muerto habría sido yo.

—Lo siento —dijo ella—. Nunca creí que el estado actual de mi planeta pudiera enojarte tanto.

—No es a mí a quien debiera enojar, sino a vosotros —rezongó Val—. ¿Por qué querían degollarte esos tipos?

—Pertenecen a la tribu de Kerchak. Son enemigos de nuestra tribu, la de Tchalkak. Cada vez que hacemos un prisionero, lo matamos. Ellos nos cogieron a Reokuq y a mí…

—Supongo que Reokuq debía de ser el sujeto a quien decapitaron —cortó Val.

—Sí, íbamos a casarnos —contestó Doren con sencillez.

Val la contempló estupefacto. Su prometido había muerto y ella no manifestaba el menor dolor. ¿Qué era Doren: una mujer sin sentimientos? ¿O acaso los había perdido, forzada psicológicamente por las terribles circunstancias en que estaba obligada a vivir?

Doren pareció adivinar sus pensamientos.

—Llorar la muerte de Reokuq no sirve de nada —declaró gravemente—. Lo que importa es vengarle.

—Bueno, pero los que le mataron están ya muertos —alegó Val.

—De acuerdo. Sin embargo, la tribu Kerchak se compone de miliares de individuos. Mientras ellos vivan, nuestra tribu no conocerá la paz.

Val se pasó la mano por la cara. ¿Qué mundo desorbitado era Sharryck, en donde no había, al parecer, ni una sola persona que hablase de piedad, sino de matar al prójimo?

—Tú me salvaste la vida y por ello te estoy sumamente agradecida —siguió Doren—. Vendrás conmigo a mi tribu y te haremos miembro de ella. Así podrás ayudarnos a guerrear contra los de Kerchak.

—¡Ni lo sueñes! —protestó Val con inusitado calor—. Yo me quedaré aquí, esperando la vuelta de mi nave. Y, en cuanto hayan reparado la avería que padecen, me largaré de Sharryck y no me volverás a ver más el pelo, hermosa Doren.

Una expresión decepcionada se pintó en las facciones de la joven.

—Oh, yo creí que te agradaría ese honor. No es frecuente dispensarlo a extraños...

—Gracias, pero declino un honor que podría traerme como consecuencia más que probable la pérdida de mi cabellera —respondió sarcásticamente el joven—. Esperaré aquí lo mejor que pueda y...

El rugido de una salva de artillería cortó bruscamente sus palabras.

CAPÍTULO III

L

as granadas, en número de seis, estallaron casi simultáneamente a corta distancia, haciendo retemblar la tierra. Espesas nubes de humo y polvo subieron a lo alto, mientras, chillando, la metralla se esparcía en todas direcciones.

Val agarró a Doren por un brazo.

—¡Aquí, ven! —gritó, y tiró de ella hacia la zanja, en cuyo fondo se tendieron inmediatamente.

Esta vez, el cañoneo duró varios minutos, durante los cuales la batería descargó casi un centenar de proyectiles de grueso calibre, 155 mm por lo menos, calculó Val. El suelo quedó removido terriblemente y algunos de los cadáveres fueron destrozados por las explosiones.

Durante aquellos inacabables momentos, Val creyó morir mil veces, tan cerca estallaban las granadas en algunas ocasiones. Sin

embargo, pudo darse cuenta de una cosa singular: Doren no temblaba en absoluto. Al parecer, aquella situación carecía de novedad para ella.

El cañoneo acabó por fin y el estruendo de los estallidos dejó de martirizar los tímpanos de la pareja. El humo y el polvo se disiparon lentamente, llevándose consigo el desagradable olor de los explosivos deflagrados.

Val trató de incorporarse en la zanja, todavía no repuesto del susto que había pasado.

—¡Cielo Santo! —exclamó—. Pero ¿qué es lo que pasa en este planeta? ¿Estáis todos locos?

—No. Simplemente, estamos en guerra —contestó ella.

—¿En guerra? —repitió Val casi gritando—. ¿Qué clase de guerra es ésta? Hombres de la Edad de Piedra, con hondas y garrotes, atacando a sujetos con armas —blandió su pistola— construidas en la era superatómica. Bárbaros del Norte que se degüellan a mansalva entre sí y degüellan a todo el que se encuentra al paso. Artilleros desconocidos, que disparan piezas de un siglo XX, de efectos devastadores...

Un extraño sonido le interrumpió antes de que pudiera seguir su calurosa y airada peroración: el tableteo de una ametralladora.

Doren le pegó un fuerte empujón en el pecho.

—¡Tiéndete en el suelo, Val! —exclamó.

Val se sentía cada vez más aturdido. La ametralladora disparaba a un centenar de metros en dirección opuesta a la que había estado situada la «Minerva» y, al parecer, su sirviente debía de hallarse en un grave apuro, a juzgar por la intensidad de su tiro. Recobrándose del empujón, se puso de rodillas y asomó los ojos por el borde de la zanja.

Creyó que los ojos se le salían de las órbitas. Delante de él, una compañía de soldados vestidos de caqui atacaba a la bayoneta una posición, desde la cual hacían un fuego infernal sus defensores, provistos ahora de una nueva ametralladora. Pero los atacantes, despreciando las copiosas bajas que sufrían, continuaban su ataque, gritando como energúmenos, a la vez que hacían disparos con sus rifles y armas automáticas ligeras.

De pronto, uno de los soldados corrió hacia aquel lugar. Llevaba a la espalda una radio portátil y en la mano una metralleta. Val se

dio cuenta entonces de que, aunque parecían terrestres, no lo eran. En el equipo y uniformes se advertían ciertas ligeras diferencias con los que él conocía por historias filmadas y grabados antiguos, aunque a cierta distancia, podían confundirse. Sin embargo, se dijo rápidamente, en determinada época, todos los soldados del Universo debían haberse parecido mucho, tanto en el armamento como en el vestuario.

El soldado saltó a la zanja; no se percató de que había en ella dos personas hasta que se hubo guarecido en su interior. Entonces, considerando a Val y a Doren como enemigos, levantó la metralleta con ánimo de acribillarlos a balazos.

Val estaba ya muy escarmentado por lo que ocurría, así que procuró darse prisa y decapitar al soldado de una descarga en pleno rostro. El cuerpo se derrumbó de espaldas, sin un solo movimiento más.

Más rápida que él, Doren se abalanzó sobre el caído y le despojó de su metralleta. Fuera, el fragor del combate continuaba en un frenético «crescendo» que no daba sensación de amenguar, antes al contrario, parecía aumentar por momentos.

Doren despojó también al muerto de un correaje con cargadores de repuesto, así como con algunas granadas de mano, de una forma singular, casi esféricas y de un diámetro no superior a los cinco centímetros, mientras Val la contemplaba con gesto estupefacto.

Todo lo que allí sucedía era muy extraño.

Un ruido extraño, que sobresalía por encima del fragor del combate, hirió repentinamente sus tímpanos. Olvidado momentáneamente de la muchacha, Val asomó de nuevo la cabeza.

Su capacidad de asombro empezaba ya a agotarse. Así, pues, no le extrañó en absoluto ver dos tanques, cuya única diferencia con los terrestres residía en el tamaño. Los blindados eran enormes, de casi seis metros de altura, por quince o más de largo, y disponían de varias torretas artilladas con cañones de diferentes calibres, una de las cuales era doble, con dos piezas gemelas de unos diez centímetros, en un montaje muy semejante al de las torres de la artillería naval ligera. Los tanques rodaban pesadamente, al menos en apariencia, pero en realidad, a una velocidad superior a los cuarenta kilómetros a la hora.

Las torretas dobles abrieron un fuego endiablado contra la

colina desde la cual disparaban las ametralladoras, cubriéndola de explosiones. El avance de la infantería, refrenado por la cerrada defensiva de los atacados, volvió a reanudarse.

Los atacantes asaltaron por fin la colina y acuchillaron despiadadamente a los pocos defensores que habían sobrevivido al terrible fuego de los tanques. En aquel momento, un nuevo elemento de combate entró en acción.

Cuatro aviones descendieron rugiendo de lo alto. Dispararon andanadas de cohetes contra los tanques, envolviéndolos en una nube de estallidos. De pronto, uno de los tanques, cuyo blindaje acababa de ser perforado por un cohete, explotó con trueno aterrador, despidiendo pedazos de su estructura a grandísima distancia.

El otro tanque se convirtió de pronto en una inmensa antorcha, de cuyo interior salieron dos o tres figuras humanas, envueltas en llamas de los pies a la cabeza. Corrieron unos pasos y se desplomaron, lanzando agudos chillidos que destrozaban los tímpanos. Val Hallydan estaba espantado, horrorizado por lo que presenciaba desde tan corta distancia.

Los aviones se remontaron en el cielo de nuevo, sólo para volver a descender, atacando con el fuego de sus ametralladoras a los supervivientes de la compañía de infantería, entre los cuales causaron una pavorosa mortandad. De pronto, Doren lanzó un agudo grito.

—¡Cuidado, Val!

La muchacha se puso en pie y sacó medio cuerpo fuera de la trinchera. Media docena de sujetos corría hacia allí, tratando de buscar un refugio contra el devastador ataque de los aviones.

Doren presionó el gatillo de la metralleta, al mismo tiempo que movía el arma en abanico. Tres de los soldados cayeron sin haber tenido tiempo siquiera de enterarse de lo que les sucedía.

Los tres restantes se detuvieron un momento, desconcertados por los disparos que les hacían desde un lugar totalmente inesperado. Doren agarró una de aquellas singulares granadas de mano y después de quitarle la espoleta, la arrojó a lo lejos con todas sus fuerzas.

Inmediatamente, se echó al suelo. El instinto hizo que Val la imitase con presteza. Casi en el acto, sonó una aterradora explosión,

que hizo temblar el suelo como si se tratase de un terremoto.

Permaneció todavía unos segundos tendido de bruces. De pronto oyó la voz de Doren.

—Puedes levantarte, Val —dijo.

Val se puso en pie lentamente. Doren había salido fuera de la trinchera y, con el arma a punto, contemplaba la escena.

Él también abandonó la zanja, estremeciéndose al ver el suelo literalmente sembrado de cadáveres. Los restos de los tanques humeaban todavía y por todas partes se veían los embudos causados por las explosiones de los proyectiles.

—Tendremos que irnos de aquí, Val —dijo Doren tranquilamente al cabo de unos minutos—. Es posible que más tarde vuelvan otros soldados y entonces no tengamos tanta suerte como ahora.

—Pero, yo estoy esperando el regreso de mi nave —alegó Val, desconcertado y aturdido.

—Regresaremos aquí cuando no haya peligro. Sin embargo, puedes tener la seguridad de que antes de poco, alguien enviará patrullas a investigar. Dudo mucho que esas patrullas sean de la tribu de los Tchalkak, por lo que cualquiera que nos vea, abrirá fuego contra nosotros sin más contemplaciones.

—¿Y... y adónde vamos a ir? —preguntó Val con un hilo de voz.

—Ya lo verás —contestó ella enigmáticamente—. Mientras tanto, creo que deberías proveerte de alguna arma más. Vamos a ver...

La joven buscó entre los cadáveres y tomó otra metralleta, junto con un correaje provisto de granadas de mano, así como un par de cuchillos. Val se colocó el correaje en silencio, preguntándose en qué mundo de desatada locura había ido a caer.

—Vamos —dijo ella, rompiendo la marcha sin más trámite.

Val alargó el brazo de repente y la detuvo con el gesto. Doren se volvió para mirarle.

—¿No entierras siquiera el cadáver de tu prometido? —preguntó.

Una sombra de pesar cruzó por delante de los ojos de Doren.

—No tenemos tiempo. Quedarnos aquí podría resultar arriesgado, Val.

El joven asintió, dándose cuenta de las razones de Doren.

Reanudaron su marcha y a poco descendieron por la falda de la colina en cuyas inmediaciones se habían librado tan sangrientos combates, hacia un valle de gran amplitud y frondosa vegetación, por cuyo fondo corría un gran río de aguas plateadas.

Sin embargo, no llegaron al río ni mucho menos. A unos doscientos cincuenta metros del lugar en que se habían encontrado, Doren se detuvo.

En el centro de un espeso grupo de árboles había dos artefactos de singular apariencia, idénticos ambos como si hubiesen salido del mismo molde. Parecían dos automóviles ultramodernos, de techo y paredes laterales completamente transparentes, con dos amplios asientos mullidos, capaces cada uno para tres plazas, lo cual permitía que cada aparato pudiese llevar hasta seis personas con toda comodidad. Incluso, estrechándose un poco, hubiera podido meterse una persona más en cada banco. No tenían ruedas ni se les advertía medio alguno de propulsión, a pesar de que delante del primer asiento se divisaba lo que parecía ser un completo tablero de mandos, pequeño y muy compacto. La parte metálica no transparente era de un color rojo muy brillante y, en el centro de la cúpula, llevaba una especie de antena de televisión, de un metro y medio de altura, con los elementos de detección muy pequeños, apenas de cuarenta o cincuenta centímetros, colocados transversalmente al poste vertical de la antena.

Doren alargó la mano.

—Dame tu pistola energética —pidió.

—¿Para qué? ¿Qué aparatos son éstos? —preguntó Val, lleno de asombro.

—Dame la pistola y no hagas preguntas —respondió ella con cierta aspereza en el tono de su voz.

Val le entregó el arma. Entonces, Doren apretó el gatillo, lanzando una descarga en dirección al tablero de mandos de uno de los aparatos, el cual se fundió inmediatamente a causa de la elevadísima temperatura sufrida durante una décima de segundo.

—Ya está —dijo Doren, devolviendo el arma a Val—. Ahora no podrán utilizar ese aparato.

—¿Quiénes? —inquirió él.

Doren le dirigió una larga e indescifrable mirada.

—El primero que hubiese aparecido por aquí. Vamos.

Y se metió en el otro artefacto. Val titubeó un momento. Antes de sentarse al lado de ella, dijo:

—Ten en cuenta que he de volver más tarde al lugar donde nos hemos conocido. Mis tripulantes volverán y no me agradaría mucho faltar a la cita.

—Por supuesto —contestó Doren en tono seguro—. Ven, siéntate.

Val obedeció, todavía no muy seguro de que lo que estaba haciendo era lo más adecuado a la situación en que se encontraba. Apenas se hubo sentado al lado de Doren, ella presionó un botón del cuadro de mandos y la portezuela se cerró en el acto.

A continuación, sus dedos volaron ágilmente por los distintos controles e hizo encender una serie de lámparas piloto cuyo significado, naturalmente, Val desconocía. De repente, Doren empujó a fondo un botón rojo, algo más grande que los demás y todo cuanto les rodeaba desapareció instantáneamente.

Durante unos momentos, permanecieron envueltos en una especie de lechosa claridad, sin que se percibiera en torno a ellos el menor sonido ni se divisara ningún detalle del ambiente que les rodeaba. Súbitamente, la blanca neblina desapareció y los soles de Sharryck volvieron a brillar en el cielo.

—Bien, ya hemos llegado —dijo Doren. Manejó el mando de apertura de la puerta y Val salió al exterior, siendo seguido al momento por la muchacha.

Un espeso silencio descendió sobre ellos durante unos segundos. Val observó el lugar en que se hallaban, una especie de vasto anfiteatro, de más de dos kilómetros de largo, por una altura de cien metros, aproximadamente, en cuyo centro había un vasto estanque de aguas azules y quietas, de unos doscientos metros de ancho. Un arroyo nacía del estanque y, serpenteando entre los árboles, iba a perderse en un río que se divisaba a lo lejos.

El anfiteatro parecía más bien la falda de una colina o meseta, ya que su curva era escasamente pronunciada. La ladera estaba compuesta por una decena de escalones de gran tamaño, en cada uno de los cuales se divisaban centenares de cuevas abiertas en las entrañas de la tierra. Los peldaños, excepto en las inmediaciones de cada cueva, estaban cubiertos de una frondosa vegetación y para pasar de uno a otro, había numerosísimas escaleras hechas con

troncos de árbol cortados a tamaño conveniente.

Pero no se divisaba un solo ser viviente en cuanto alcanzaba su vista.

Sólo había, esparcidos aquí y allá, unos cuantos cadáveres de personas de ambos sexos. Incluso se divisaban también los cuerpos de un par de chiquillos.

Y silencio.

Un silencio profundo, devastador, absoluto. Ni siquiera se percibía el murmullo de las aguas del estanque que vertían en el arroyo o el rumor de las hojas de los árboles. Era una quietud total, aplastante, llena de un siniestro significado.

Val miró a Doren y, por primera vez desde que la conocía, la vio con el equilibrio perdido. Su labio inferior temblaba, tenía los ojos muy brillantes, como si contuviese los deseos de llorar, y su respiración era muy agitada. Al observar aquellos detalles, comprendió que la muchacha se hallaba aturdida y acongojada a un tiempo.

—¿Es aquí donde vivías? —preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Val miró nuevamente en torno a él.

De pronto, todo su cuerpo sufrió un terrible estremecimiento. No... no podía ser. Aquel lugar, era tan parecido a...

Se pasó la mano por la cara, tratando de hallar un orden para sus alborotadas ideas. A cada segundo que pasaba, se convencía más y más de que Sharryck era un planeta absurdo, disparatado, donde la palabra lógica carecía de sentido por completo.

—¿Dónde está tu tribu? —preguntó.

—Se han ido. Todos —respondió ella con voz opaca.

—¿Ido? ¿Adónde?

—A otra época... no puedo saber cuál —respondió Doren, confirmando así las sospechas que Val acababa de concebir.

CAPÍTULO IV

P

arte de las cosas que a Val habían parecido tan faltas de

congruencia empezaban a encajar ahora. Después de haber escuchado las palabras de Doren, todo se le aparecía con mayor claridad, aunque, por supuesto, necesitaba aún un buen suplemento de explicaciones.

De pronto, Doren dijo:

—Espérame aquí un momento, Val.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —preguntó él alarmado.

—Volveré dentro de unos minutos —contestó ella—. No te muevas de aquí, por favor.

Ágilmente, con la gracia de una Diana cazadora, pese a sus ropajes sucios y desgarrados, la muchacha se lanzó hacia una de las escaleras, por la cual trepó rápidamente, hasta alcanzar el cuarto peldaño. Luego caminó veinte o veinticinco metros en sentido lateral y se metió en una cueva.

Mientras, invadido por una exorbitante curiosidad, Val examinó el aparato que les había traído hasta allí. Ya no le cabía la menor duda de que estaba ante la primera máquina del tiempo que jamás hubiera soñado ver. Doren parecía una salvaje y, sin embargo, había manejado los controles con absoluta seguridad, con el aire de poseer una larga experiencia en el uso de aquellos artefactos. Pero la pregunta que él se formuló de inmediato fue referente a la época en que actualmente vivía. ¿Era anterior o posterior al momento de su llegada a Sharryck? ¿Cómo podría saberlo?

Luego examinó el paisaje de una rápida ojeada. ¿Quién podía saber la época por los detalles que lo rodeaban? Las cuevas podían haber sido construidas posteriormente a su llegada a Sharryck y, dada su existencia troglodítica, era natural que los hombres de la tribu de Tchalkak se hubiesen preocupado de alumbrar una fuente de agua para satisfacer las necesidades comunes del líquido. No obstante, también podía haber ocurrido que la tribu hubiera existido cientos de años antes que él, en cuyo caso, por ejemplo, las cuevas se habrían ido cegando por sucesivos derrumbes y la fuente se habría secado, acaso por una sacudida geológica. No era nada agradable, pensó, estar junto a una muchacha de la cual no podía asegurarse si había muerto años -o siglos- antes o tenía que nacer todavía. «Éstas son las cosas que pasan», rezongó, descontento, «por moverse a través del tiempo».

Doren regresó en aquel momento. Traía una bolsa de piel fina,

que dejó en el suelo, y unos ropajes.

Se quitó el armamento y los correajes y dejó todo junto a la bolsa.

—Vigila —dijo—. Voy a bañarme y a ponerme ropas limpias.

—Muy bien —contestó él. De repente sintió necesidad de fumar. Se palpó los bolsillos y sonrió satisfecho al darse cuenta de que todavía conservaba cigarrillos y fósforos.

Doren vino casi media hora después, limpia y peinada, recogidos los largos cabellos dorados en un prieto nudo detrás de la nuca. Se había puesto un vestido nuevo que, en sustancia, era idéntico al anterior, hecho de una tela fuerte y sólida, aunque no basta. Aunque Val apreció críticamente la esbeltez de la muchacha, se abstuvo de formular su admiración con palabras.

Doren recogió la bolsa de piel y el armamento.

—Ven —dijo.

Se sentaron al pie de un árbol, a la sombra, protegidos de los ardorosos rayos de los dos soles de Sharryck. Doren abrió la bolsa y extrajo de ella algunos alimentos, sencillos, pero sólidos y sustanciosos. De repente, Val se dio cuenta de que tenía apetito.

Los víveres eran excelentes y consistían en carne seca y una especie de tortas de harina, más sabrosas que lo que su aspecto prometía. Val comió con magnífico apetito, lo mismo que Doren. Mientras comían, apenas si hablaron.

Al terminar, Doren guardó las sobras en la bolsa.

—No sabemos cuándo podremos renovar nuestras provisiones —dijo.

—Oh, lo que es yo, en cuanto venga mi astronave, pienso largarme pitando de este diabólico planeta —contestó Val—. Y en lo que a ti se refiere, si tienes dos dedos de sentido común todavía, harás lo mismo, Doren.

—¿Adónde me llevarías? —inquirió ella, curiosa.

—Bien, lo primero que haría sería terminar este viaje —dijo Val—. Tengo todavía muchas mercancías por entregar y asimismo he de recoger otras para transportarlas hasta la Tierra. Podrías conocer muchos mundos y luego quedarte a residir permanentemente en mi planeta. Allí hay paz —concluyó él intencionadamente.

La expresión de la muchacha se nubló.

—Paz —repitió—. Ésa es una palabra olvidada en Sharryck, Val.

—Bien —comentó él—, todo depende de la voluntad de los habitantes de Sharryck. Si ellos quisieran, la guerra se acabaría rápidamente.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —respondió Doren—. Las perspectivas, por ahora, no son nada buenas, si quieres que te diga la verdad.

Val se recostó en el suelo. Puso un cigarrillo entre sus labios y lo encendió placenteramente. Después de los sustos que había pasado no hacía aún más de dos horas, la tranquilidad de aquel paraje, aun con los cadáveres esparcidos por algunos sitios, era algo reconfortante y tranquilizador.

—Es posible —dijo, después de la primera bocanada de humo—. Pero, ¿cómo empezó este desdichado conflicto?

—¿Y quién puede saberlo? Sería cosa de reír, si no fuera por las muertes que se están produciendo constantemente. Al parecer, hace muchísimos años, perdón, dentro de muchísimos años, alguien inventó una máquina capaz de trasladar al hombre a través de las épocas. En un principio, parece que el artefacto fue construido solamente con fines científicos. Por ejemplo, para los historiadores resultaría utilísimo conocer «in situ» los acontecimientos producidos cientos de años antes y de los cuales siempre se tiene una imagen deformada, por mucha imparcialidad que se haya puesto en la narración. Bien, al cabo de algún tiempo, se produjo una guerra en esa época que te digo, creo que todavía faltan casi tres mil años para llegar a ella, aunque no fue un conflicto de gran extensión, digamos más bien local.

»Naturalmente, cuando se produce una guerra, el ingenio humano se aguza y se inventa y fabrica toda clase de armas nuevas. Es lógico que en esa guerra, sus protagonistas hicieran lo propio, aunque a nadie, en un principio, se le había ocurrido fabricar cronomóviles, esto es, máquinas del tiempo.

»De repente, como pasa siempre en una guerra, uno de los bandos empezó a flaquear. La derrota se adivinaba segura, pese a todos los esfuerzos, al cabo de algunas semanas o, todo lo más, algunos meses. Entonces, los presuntos vencidos, idearon la forma de escapar y construyeron cronomóviles en gran cantidad.

»Lo lógico hubiera sido que los vencedores, al quedarse sin enemigo a quien combatir o, por lo menos, sin el grueso de la

fuerza adversaria, se hubieran dedicado a la paz. Pero no ocurrió así: rencorosos, ansiosos de aplastarlos y exterminarlos definitivamente, decretaron la construcción de cronomóviles en gran escala y se lanzaron en persecución de los fugitivos.

»Pero entonces ocurrió algo espantoso. Sufrieron un error en los cálculos temporales y fueron a parar a otra era, anterior en unos doscientos años a aquélla de la cual se habían evadido los derrotados. Los habitantes de esa época se sintieron ofendidos y entablaron contacto con aquellos sujetos que llegaban de un lugar que a ellos les parecía remotísimo, sin saber entonces que no venían de un lugar, sino de una época.

»Muchos murieron. Otros escaparon en sus cronomóviles. Los que murieron abandonaron bastantes cronomóviles en buen estado. A su vez, los habitantes de aquella época, sintieron curiosidad, por saber cómo funcionaban las máquinas del tiempo y acabaron viajando a través de las edades. En fin, sería cosa de no acabar, pero todo se puede resumir en pocas palabras: el conflicto se generalizó, de tal manera que ahora guerreamos los habitantes de una época con los de otra y, por supuesto, entre nosotros mismos. Se ha alcanzado un estado tal de psicosis bélica, que todo el que no es amigo, y amigos hay muy pocos, es un enemigo al cual hay que exterminar para que él no te mate a ti. Y así vivimos… si es que se puede llamar vida a un género semejante de existencia.

Al concluir Doren su largo parlamento, Val guardó silencio durante unos momentos, mientras encendía un nuevo cigarrillo. Sí, era fácil comprender lo que sucedía. Ahora, hasta los hombres de la Edad de Piedra de Sharryck habían aprendido el manejo de los cronomóviles y se desplazaban a través de las líneas temporales para satisfacer sus ansias salvajes de matar y saquear.

Era un conflicto total, absoluto, como jamás se había conocido en la historia de ningún planeta. Por supuesto, Val conocía la historia de la Tierra y se preguntó qué habría sucedido si los conflictos que se habían producido a lo largo de miles de años se hubieran extendido, no sólo en el espacio, sino también a través del tiempo. Las guerras de los faraones con sus vecinos númidas, hititas y medos; las guerras de Esparta, las de Roma con Aníbal, el turbulento periodo de la Edad Media, las guerras de los Cien y Treinta años, las guerras de religión; los conflictos de los chinos con

los manchúes y los mongoles, la Guerra Civil americana, la I Gran Guerra, la II Guerra Mundial; los conflictos III, IV y V Subatómicos, con el empleo de armas nucleares de efectos restringidos y nula radiactividad... ¿Qué hubiera pasado si en la Tierra se hubiese efectuado una tan espantosa mezcolanza de conflagraciones?

Era preferible no pensar en ello, daba vértigo.

Clavó sus ojos en la cara de Doren.

—¿Tienes alguna idea del lugar adónde ha podido ir tu tribu?

—En absoluto. Se han marchado, sin duda porque temieron o sufrieron un ataque de devastadoras proporciones, demasiado fuerte para que pudieran resistirlo con éxito.

—¿Disponían de cronomóviles?

—Claro. El uso de la máquina del tiempo es hoy algo común y corriente, cualquiera que sea la época a que pertenezca el que la ocupa.

Val reflexionó durante un par de segundos.

—¿Te queda familia?

—Mi padre —contestó Doren—. Pero mi madre murió hará tres años y volvió a tomar otra mujer. Nuestras relaciones no eran ahora muy cordiales y, además, me iba a casar. Vivía en una cueva con dos muchachas más, ambas solteras y sin familiares. Se habrán marchado con la tribu, naturalmente.

—He podido darme cuenta —siguió Val— de que vuestras edades, al menos en las costumbres y aun en la indumentaria, son muy parecidas a las nuestras. ¿A qué distancia, en el tiempo, estás separada tú de los hombres que usan hondas y garrote?

—Yo diría que a unos mil quinientos años.

—¿Y respecto de los que utilizan ametralladoras, tanques y cañones?

—Unos dos mil trescientos.

—¿Eres anterior o posterior a los guerreros que pretendían matarte?

—Un poco anterior, doscientos cincuenta años, aproximadamente.

El joven hizo un rápido cálculo. En la Tierra, Doren habría vivido en pleno Imperio Romano, mucho antes de su decadencia, alrededor de siglo y medio después del nacimiento de Cristo. Pero, si la separaban veintitrés siglos de su época de ametralladoras y los

cañones, ello significaba que los estados de las diferentes civilizaciones habían sido un poco más prolongados que en la Tierra, en donde, para llegar a las ametralladoras, tanques, cañones y aviones se habían necesitado mil novecientos años. Quinientos años de diferencia eran pocos, sin embargo; y ello se debía, seguramente, a la opuesta mentalidad y distinta capacidad de inventiva de los habitantes de Sharryck. Sin embargo, había algo que le extrañaba: en Sharryck se habían construido cronomóviles, pero, en cambio, los viajes por el espacio eran escasos, prácticamente inexistentes. En la Tierra se hablaba mucho de las máquinas del tiempo, las cuales, según había oído decir, se experimentaban ahora, pero ya hacía doscientos años, al menos, que los terrestres viajaban por las estrellas, después de superado el período de un siglo de viajes por los estrechos límites del Sistema Solar. En buena lógica, los cronomóviles debieran haber seguido a las astronaves también en Sharryck y, sin embargo, no había sido así. ¿Por qué?

Se tocó la pistola energética que llevaba al cinto.

—¿Qué distancia, temporal, por supuesto, hay de tu época, a la de los autores de esta arma?

—Dos mil seiscientos cincuenta años —contestó Doren sin titubear.

—¿Y a la época de la fabricación del primer cronomóvil?

—Cien años más.

—¿No se han construido nunca astronaves en Sharryck?

—Algunas, creo, pero, ocupados en nuestras guerras, no hemos tenido tiempo de perfeccionar la astronáutica.

Val se frotó la mandíbula con gesto de suma preocupación. Acababa de ocurrírsele una idea. Quizá si pudiera ponerla en práctica...

—¿Conoces el nombre del inventor del cronomóvil? —preguntó.

—Por supuesto. Es el profesor Kurelton. Vivió, vive o vivirá —sonrió Doren— en el siglo vigésimo octavo a partir del momento en que se formó la tribu de los Tchalkak.

—Y... — empezó a decir Val, pero no pudo continuar hablando.

Un súbito estruendo le interrumpió. Era un ruido tan raro, tan absurdo que por un momento llegó a dudar de la integridad de sus sentidos.

Era el ruido de los cascos de muchos caballos lanzados al galope y que se acercaban rápidamente a aquel lugar.

CAPÍTULO V

Doren fue la primera en reaccionar. Recogió sus cosas rápidamente y se puso en pie de un salto.

—¡Vamos, Val! —exclamó—. ¡Debemos huir de aquí!

—¿Quiénes son los que vienen?

—La Caballería. Los Jinetes de Storren. Son feroces y salvajes. No perdonan a nadie y, si nos atrapan, nos matarán irremisiblemente.

—¡Diablos, qué país... digo, qué planeta! —mascullló el joven, mientras se ceñía el correaje.

Metió la pistola energética entre el cinturón y la camisa y agarró la metralleta. Doren corría ya hacia el cronomóvil, situado a una veintena de pasos de distancia.

En el mismo momento, un pelotón de jinetes surgió de entre los árboles más próximos, galopando frenéticamente, con un ruido atronador, y chillando enloquecidamente. Los cascos de los cuadrúpedos, muy parecidos anatómicamente a los caballos terrestres, levantaban grandes nubes de polvo al galopar.

Al verlos, los jinetes aumentaron su griterío. Eran unos treinta, todos ellos armados con sables de brillante y afilado acero, carabinas y pistolas. Vestían camisas de color verde pardo, pantalones algo más oscuros y botas altas, con grandes espuelas, y se cubrían la cabeza con un sombrero de anchas alas del mismo color que la camisa. Eran hombres fieros, resueltos, y sin dudarlo un momento, se abalanzaron sobre la pareja.

Doren lanzó una granada de mano. La explosión, de terrorífica potencia, destrozó a tres o cuatro caballos con sus jinetes, y los arrojó por el suelo en confuso y pataleante montón. Varios caballos más tropezaron y cayeron, arrojando fuera de las sillas a sus ocupantes, todo ello en medio de un ruido y un estruendo inimaginables. Los gritos y los relinchos sonaban atronadoramente,

brotando de una nube de polvo que apenas si permitía ver lo que sucedía en su interior.

Val levantó la metralleta y disparó una ráfaga, que derribó a un par de jinetes. Pero uno de los soldados se le echó encima con su caballo, el pecho del cual le alcanzó en un hombro y le hizo girar sobre sí mismo con terrible violencia; luego lo proyectó contra el suelo. Su frente chocó contra una piedra y el golpe le hizo ver las estrellas, causándole una especie de aturdimiento que le impedía coordinar con claridad sus ideas.

Vagamente oyó los gritos de Doren y las brutales risotadas de los soldados de caballería. Luego, alguien le pegó una brutal patada en la cadera. Una fusta le azotó la espalda cruelmente, arrancándole un aullido de dolor.

—¡Levántate, perro! —le apostrofó alguien con violencia.

Haciendo en esfuerzo, Val se puso en pie, vacilante y mareado por los golpes recibidos. Le costó unos segundos hallar el foco correcto de sus pupilas y, cuando lo consiguió, vio que dos soldados sujetaban a Doren.

Uno de sus captores desenfundó la pistola y se la apoyó en el pecho. Era un arma singular, de dos cañones, como un antiguo revólver que dispusiera de un tambor especialmente acomodado a la duplicidad de cañones, pero no por ello menos efectivo. Los ojos del soldado brillaban con furia salvaje.

—¿Por qué habéis disparado contra nosotros? —preguntó coléricamente.

—Yo...

Val se calló. ¿Qué iba a contestar a un individuo semejante, en cuyo rostro se leía la decisión de matar?

De repente se oyó el ruido de más caballos. Otro pelotón de jinetes compareció en el claro. Era una docena en total y al frente de los mismos venía un sujeto de media edad, pero fuerte y corpulento, en cuya camisa, idéntica a la de los otros, se veían unas charreteras de oro. En torno a la cintura llevaba una faja de color violeta.

El hombre que le amenazaba se volvió rápidamente y saludó.

—¿Mi general?

—¿Quiénes son estos sujetos? —preguntó el recién llegado con voz carente de amabilidad.

—Los sorprendimos merodeando por aquí —contestó el oficial que mandaba la patrulla—. Dispararon contra nosotros, causándonos algunas bajas, mi general.

El general se tocó la barbilla un momento, con gesto pensativo. Luego dirigió su mirada hacia la muchacha y una extraña sonrisa apareció en sus labios.

—Es muy guapa —dijo con acento intencionado—. Permitiremos que viva… al menos durante algún tiempo.

—¿Y el otro prisionero, señor? —preguntó el oficial.

Los ojos del general se posaron en el rostro ensangrentado de Val. Luego, sus labios se abrieron para dar una orden fatídica:

—¡Ahorcadlo!

Uno de los soldados corrió en busca de una cuerda, en tanto que dos o tres arrastraban a Val a viva fuerza hasta situarlo debajo de la rama de un árbol. El joven intentó resistirse con todas sus energías, pero un golpe en la cabeza, aun sin hacerle perder del todo el conocimiento, anuló por completo su capacidad de resistencia.

Val estaba perdido.

Mientras tanto, el general sacó su revólver de dos cañones e hizo caracolear su montura hasta situarse junto al cronomóvil. Acto seguido, empezó a disparar contra el aparato, especialmente hacia los controles, que destrozó a tiros de una manera irreparable.

Un soldado corrió con una cuerda hacia Val. Hizo un lazo y lo pasó por su cuello; lanzó el otro extremo de la soga por encima de la rama. El joven ya no se resistía siquiera, seguro de que antes de un par de minutos habría muerto sin que nadie pudiera evitarlo.

Durante un momento, creyó estar padeciendo los efectos de una horrible pesadilla. No, no era posible que fuera a morir de aquella horrible manera, pataleando colgado del cuello… pero el áspero roce de la cuerda contra la piel de su garganta le convenció de que no había tal sueño y sí una espantosa realidad. En torno a él oyó voces y fuertes risotadas.

Miró a Doren. La muchacha permanecía en pie, sólidamente agarrada por dos soldados, los cuales intercambiaban atroces bromas entre sí. Ella aparecía pálida y seria, sin que su rostro diese la menor señal de temor. Desde luego, pensó Val, la suerte de Doren, en manos de aquellos feroces individuos, no iba a ser agradable.

—¡Listos! —gritó alguien.

—Muy bien. ¡Arriba con él!

Tres soldados asieron a la vez el otro extremo de la soga, disponiéndose a tirar de ella con todas sus fuerzas. Entonces, de un modo totalmente inesperado, estalló una descarga cerrada.

Los soldados que sujetaban la cuerda cayeron en el acto en confuso montón, así como uno de los que custodiaban a Doren.

Varios soldados más cayeron en el acto. El general desenvainó su sable.

—¡Son los infantes de Bardil! —aulló—. ¡A ellos, muchachos!

Los jinetes de Storren corrían en todas direcciones, en busca de sus caballos los que estaban desmontados o se aprestaban a luchar los que se habían mantenido sobre sus sillas, en medio de una espantosa confusión, de un enloquecedor pandemónium de gritos, blasfemias, imprecaciones, órdenes, gritos, disparos y relinchos. Pero los escondidos tiradores continuaban haciendo fuego a placer y derribaban a los jinetes uno a uno, sin darles apenas opción para la defensa.

El general fue alcanzado por dos disparos que le destrozaron la cara. Cayó, pero quedó estribado y el caballo lo arrastró en su loca huida. El oficial que había amenazado a Val recibió una descarga cerrada y fue arrojado al suelo. El otro soldado que guardaba a Doren intentó escapar y se adentró en la espesura, pero una bala lo alcanzó en el centro de la espalda y le hizo caer sin exclamar ni un gemido.

En pocos momentos, el suelo quedó sembrado de cadáveres. Solamente dos o tres jinetes consiguieron escapar, agachados sobre el cuello de sus monturas, a las cuales fustigaban despiadadamente, sin que, en contrapartida, los atacantes hubieran sufrido ninguna baja visible.

El ruido se disipó lentamente. Val miró en torno a él, sin acabar de creer todavía en su buena suerte. Todavía tenía el lazo en torno al cuello y, como no le habían atado las manos, se lo desciñó y dejó caer la cuerda al suelo.

Doren corrió hacia él, en el mismo instante en que aparecía un grupo de hombres armados con carabinas. Los dos jóvenes los contemplaron en silencio.

—Éstos nos matarán ahora —dijo él sombríamente.

Los recién llegados, a quienes el general había dado el nombre de Infantes de Bardil, vestían ropajes claros, de color azul horizonte. Llevaban largos fusiles con bayoneta al extremo y se tocaban con unos quepis de larga visera y flotante cogotera. Sus intenciones no parecían muy pacíficas, a juzgar por la ceñuda expresión de sus rostros.

Un jinete se movía todavía. Alguien le clavó una bayoneta en el pecho un par de veces. Val se estremeció; ya creía sentir en el estómago el filo del acero.

De repente, sonó un grito.

Todas las cabezas se volvieron. Había un soldado en lo alto del anfiteatro de cuevas, agitando los brazos. Los Infantes de Bardil giraron repentinamente sobre sus talones y escaparon a la carrera, dejando solos a Val y Doren.

El silencio volvió de nuevo. Val sintió que las piernas le flaqueaban y se negaban a sostenerle. Tambaleándose como un beodo, caminó por debajo de los árboles hasta la orilla del estanque. Se tendió boca abajo, en el suelo, y metió la cabeza en el agua varias veces. Luego bebió unos cuantos sorbos.

Después, se sentó en el suelo y se cogió la cabeza con las manos. Estaba tan aturdido que no tenía fuerzas ni para pensar. No sólo se hallaba en un planeta cuyos habitantes estaban poseídos por la furiosa locura de matar, sino que, además, había sido trasladado a una época anterior a la de su llegada al planeta nada menos que en dos mil quinientos años... y ahora, destruido el cronomóvil, no tenía la menor posibilidad de regresar al punto temporal de partida.

Durante unos momentos, se sintió tan acongojado y abatido, que no tuvo ánimos para variar siquiera de postura. Se sintió invadido y poseído por una negra desesperación, por un total descorazonamiento. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Convertirse en un guerrero más y pasar peleando el resto de sus días hasta que una piedra, un garrote, una flecha, una bala o una descarga energética viniese a acabar con su miserable existencia?

La voz de Doren, sonando junto a él, vino a sacarle de tan amargas reflexiones.

—Bebe un poco, Val —dijo la muchacha—. Esto te hará bien.

Levantó los ojos. Doren estaba arrodillada a su lado, con una especie de cantimplora en sus manos.

—Siento lo que te ocurre y comprendo, además, lo que piensas —agregó Doren—, pero de ello no tengo yo la culpa. Trata de entenderlo, Val; yo me limito a vivir en el mundo que me ha tocado en suerte. Bebe, te lo ruego; es un licor muy reconfortante.

Val aceptó la cantimplora. Doren tenía razón; el licor, aunque fuerte, era de sabor agradable y proporcionaba calor a las venas. Se sintió un poco más reanimado después de un par de tragos, aunque su pesimismo continuaba subsistiendo.

—Doren —dijo torpemente—, ¿qué haremos ahora? No sé cuál será tu manera de pensar… pero yo debo volver a mi época, a fin de que los tripulantes de mi astronave puedan encontrarme. Yo no puedo continuar viviendo aquí.

—Lo sé —contestó ella, con una sonrisa comprensiva—. Haremos todo lo posible para que consigas tus propósitos.

—¿Cómo? ¿De qué manera? El general de la Caballería destruyó a tiros nuestro cronomóvil. Estamos… ¿a cuántos años de distancia, Doren?

—Más o menos, a unos dos mil cuatrocientos cincuenta —respondió ella.

—Una distancia exorbitante —gruñó Val.

—Pero que se puede recorrer… si encontramos un cronomóvil.

Val le dirigió una mirada oblicua.

—Eso es imposible, Doren.

—En absoluto. Los cronomóviles abundan. No será nada difícil hacernos con uno, ya lo verás.

—Me gustaría poder darte la razón. ¿Dónde crees que podremos encontrarlo?

—Buscando… no lo sé. Parados aquí, no, desde luego.

—Sí, tienes razón —convino él. Se puso en pie pesadamente—. ¿Por qué no nos atacaron los soldados de Infantería?

—Quizá creyeron que les atacaban por la retaguardia —opinó Doren—. Los Jinetes de Storren y los Infantes de Bardil son enemigos encarnizados. Pertenecen a nuestro siglo veinte, en que hubo una guerra entre dos poderosas naciones. Claro está, al propagarse el uso de los cronomóviles, ellos los usan también para perseguirse y combatirse mutuamente a través de las líneas del tiempo… además, combaten también con los habitantes de edades distintas a las suyas.

—Desde luego —gruñó Val—, es una delicia vivir en este planeta. Supongo que aquí los seguros de vida serán algo utópico.

—¿Qué son los seguros de vida? —preguntó Doren, curiosa.

—Déjalo, no lo entenderías —suspiró él—. Bueno, vamos a recoger nuestro armamento.

Volvieron al lugar donde había tenido efecto el combate y recuperaron sus pertenencias. Una vez equipados de nuevo, Val preguntó:

—¿Hacia dónde vamos ahora?

La muchacha vaciló un momento. Luego, su mano se tendió hacia la parte alta del anfiteatro.

—En esa dirección —contestó.

Minutos después, se hallaban en la cima de una colina de poca altura y muy suaves pendientes. Aunque había gran cantidad de vegetación, Val reconoció inmediatamente la llanura donde había aterrizado la «Minerva». Muy a lo lejos, divisó las estructuras de una ciudad.

—¿Qué ciudad es ésa? —preguntó.

—Stralia. Antiguamente era capital de nación. Hoy ha perdido buena parte de su importancia política; ha sido muy castigada por las guerras, pero en los últimos años parece que va recobrando parte de su antigua preponderancia.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Es uno de los lugares donde se fabrican cronomóviles. Claro que, al menos por ahora, no disponemos de dinero. Y robar un cronomóvil dentro de los límites de Stralia es algo que está severamente castigado, con la pena de muerte nada menos, en la plaza pública.

—¡Hum! Vaya un planeta. ¿Y tú crees que nos convendría ir a Stralia?

—Por el momento, creo que sí. Es que, además, hay otra razón poderosa para hacerlo.

—¿Cuál? —preguntó Val.

—Que dentro de los límites del recinto urbano reina la más estricta neutralidad.

CAPÍTULO VI

El capitán Val dirigió a la muchacha una mirada llena de asombro.

—¡Neutralidad! —repitió explosivamente—. ¿Qué significa eso?

—Justamente lo que quiere decir, Val —respondió Doren—. Dentro de los límites de la ciudad, todos se respetan y toleran mutuamente. Si alguno quebranta las leyes de neutralidad, es sentenciado y ejecutado públicamente sin pérdida de tiempo. Esto y el robo de cronomóviles son los dos delitos más castigados en Stralia. Los demás apenas tienen importancia.

Val se frotó la mandíbula, desconcertado.

—Cada vez que lo pienso, me convenzo más y más de que en este condenado planeta estáis todos locos de remate, y no te ofendas por ello, Doren —manifestó—. De modo que en Stralia fabrican cronomóviles, ¿eh?

—Así es. Hay varias fábricas y mantienen una gran competencia entre ellas, con el resultado de que adquirir un cronomóvil resulta relativamente fácil. A veces puede comprarse por menos de cien créditos oro.

—Para mí, como no los regalen... En este momento, no llevo una sola moneda encima. ¿Y tú?

Doren hizo una señal negativa.

—Tampoco —contestó.

Val lanzó un suspiro y miró hacia lo lejos. La ciudad, cuyos edificios se recortaban nítidamente contra el horizonte, se hallaba a unos veintitantos kilómetros de distancia.

Levantó la vista al cielo. Los dos soles de Sharryck caminaban ya rápidamente hacia su ocaso.

—Doren —dijo al cabo—, en mi opinión, debemos buscar un sitio adecuado para pernoctar. La distancia hasta Stralia es demasiada y no llegaríamos en toda la noche.

La muchacha aprobó la proposición de Val.

—Estoy conforme. Ven, buscaremos un lugar a propósito.

Caminaron durante unos quince minutos, al cabo de cuyo tiempo se detuvieron al pie de unos árboles, junto a los cuales se veían los restos de una construcción de piedra. Sólo quedaba en pie

parte de las paredes, como indicio de que en tiempos había existido allí una casa habitada posiblemente por algún granjero, pero ahora ya no quedaba nada, excepto las piedras. Val eligió aquel sitio porque los restos de los muros podían servirles de parapeto en caso necesario.

La noche cerró rápidamente. Mientras oscurecía, tomaron algún alimento de los víveres que la muchacha llevaba en el zurrón. Doren había cogido una cantimplora con agua y otra con licor, de las cuales ingirieron algunos sorbos. No tenían mantas ni ropas con las cuales cubrirse, pero Doren aseguró que en aquella época del año la temperatura no descendía excesivamente. Después de cenar, ella buscó un rincón, se tendió en el suelo y a los pocos momentos dormía con toda tranquilidad.

Val tardó algo más en dormirse. Sentado en el suelo, fumó reflexivamente un cigarrillo, mientras rememoraba, no sin estremecerse, los trepidantes acontecimientos de que había sido protagonista en tan pocas horas. Había peleado a muerte, había soportado un aterrador bombardeo de artillería y disparado y matado a unos seres humanos que le eran perfectamente desconocidos, había salvado la vida a una linda muchacha... y ahora estaba allí, perdido y desconectado por completo de su astronave. Rió amargamente; según sus cálculos, en aquellos momentos, en la Tierra, Roma estaba en todo su esplendor y apogeo. ¿Conseguiría regresar a la época correspondiente a su aterrizaje en Sharryck?

Las cinco lunas del planeta ascendieron rápidamente en el cielo. Eran cinco pedruscos, que formaban un pentágono irregular y que orbitaban rápidamente en torno a sí mismos, a la vez que se deslizaban por el cielo con una velocidad y reflejaban con cambiantes tonalidades, según sus movimientos de giro y órbita, los rayos de los dos soles del planeta. Más allá, pero en una perspectiva completamente nueva, divisó el grupo de estrellas de la Cruz del Sur. Veía la constelación a la inversa de como se la contemplaba desde la Tierra, lo cual significaba que su planeta natal se hallaba casi exactamente al otro lado.

Centauro estaba a la izquierda... Mosca, Abeja y Triángulo a la derecha... Sí, allí estaban las dos Nubes Magallánicas... Ya no pudo seguir mirando más constelaciones. Sintió que el sueño le vencía y

se durmió.

Despertó a la mañana siguiente, cuando los dos soles de Sharryck aparecían sobre los límites del horizonte. Se sentó en el suelo, frotándose los ojos; se sentía notablemente descansado, pese a la dureza del lecho.

—Buenos días —sonó la voz de Doren a su lado.

—Buenos días —contestó él, cogiendo sus pertenencias y poniéndose en pie—. Menos mal que hemos podido dormir sin que nos molestasen.

—Afortunadamente —comentó ella—. Bien —añadió—, creo que debiéramos emprender la marcha hacia Stralia cuanto antes. Comeremos mientras caminamos.

—De acuerdo.

Poco más tarde, empezaban a andar hacia la ciudad, a la cual llegarían, pensó Val, bastante después del mediodía, habida cuenta de la distancia que les separaba de allí. Como una hora más tarde, se tropezaron con una corriente de agua, en la cual hicieron sus abluciones.

Dos kilómetros más adelante, salieron a un camino bastante maltratado, flanqueado por numerosos árboles. El suelo polvoriento mostraba huellas de rodadas, lo cual demostró a Val que en Sharryck había otros vehículos aparte de los cronomóviles. Según Doren, el camino conducía directamente a la ciudad, de modo que no tenían más que seguirlo para llegar a Stralia sin más inconvenientes.

El terreno, en general, era llano. El camino serpenteaba a veces contorneando la parte baja de algunas lomas de escasa elevación. A medida que pasaba el tiempo, la fuerza calórica de los rayos de los soles aumentaba. Val miró a Doren y pudo darse cuenta de que la muchacha caminaba rítmicamente, sin aflojar el paso ni dar la menor sensación de debilidad o de cansancio. Era una muchacha fuerte, robusta y que el día en que contrajese matrimonio, tendría unos hijos también fuertes y bien conformados.

Pasaron dos horas más. De pronto, cuando menos lo esperaban, oyeron el pataleo de numerosos cascos de caballo que se acercaban en la dirección que ellos llevaban.

Doren echó a correr hacia la espesura.

—¡Escóndete, pronto! —dijo.

Val la imitó en el acto.

Se agazaparon detrás de unos matorrales que, situados casi en el centro de una amplia curva, dominaban una gran extensión del camino. Casi en el mismo momento, aparecieron dos carros lanzados al galope, uno tras otro.

Val ya no se extrañó en absoluto de ver que los carros, tirados cada uno por cuatro briosos caballos, eran sumamente parecidos a las cuadrigas romanas. En la plataforma de cada carro iban dos guerreros, provistos de corazas cortas y cascos empenachados. Uno de ellos hacía de auriga, mientras que el otro tenía la mano derecha constantemente junto a la gran aljaba, donde guardaba media docena de afilados venablos.

Los carros desfilaron delante de ellos con gran estruendo, dejando como estela una espesa nube de polvo. Apenas habían recorrido media docena de pasos, vieron que dos de los guerreros caían fuera de las cuadrigas.

Los ojos de Val se dilataron por el asombro. Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa recibida, contempló al auriga del segundo carro, quien detenía sus caballos y saltaba al suelo, seguido de su acompañante. Se precipitaron ambos sobre los venablos, pero no llegaron a empuñarlos.

De pronto se derrumbaron al suelo, aullando y pataleando frenéticamente. Entonces, media docena de hombres, armados con algo que parecía ballestas medievales, salieron de la espesura, a muy poca distancia del lugar en que se hallaban ellos.

Val se pasó la mano por la cara. «Sólo faltan aquí», pensó, «Guillermo Tell, su hijo, Gessler y la manzana», tal era el aspecto indumentario de los sujetos.

Los recién llegados remataron a los guerreros sin más contemplaciones. Entonces, antes de que Val pudiera hacer nada para evitarlo, Doren lanzó una granada de mano.

La explosión derribó por tierra a cuatro de los forajidos. Los caballos de la primera cuadriga se alborotaron y, después de encabritarse, arrancaron a todo galope; en pocos momentos se perdieron de vista. Los de la segunda cuadriga, por contra, permanecieron en el mismo sitio, aunque bastante excitados. Uno de ellos había caído al suelo, por otra parte, alcanzado por los terroríficos efectos de la onda expansiva de la granada.

Doren lanzó un grito, apenas disipado el estruendo de la explosión.

—¡Dispara, Val!

Aturdido y desconcertado, el joven hizo lo que le ordenaban. Los dos ballesteros supervivientes de la explosión trataron de escapar, pero sus esfuerzos resultaron vanos; las balas de las metralletas fueron más rápidas que sus piernas. Unos metros más allá cayeron para no levantarse más.

Doren saltó al centro del camino, con el dedo sobre el disparador del arma. Val la siguió, disgustado y asqueado por aquella continua matanza. Una decena de cadáveres, algunos de ellos horriblemente destrozados, yacía por el suelo, en medio de grandes charcos de su propia sangre.

—¿Por qué hemos tenido que disparar contra esos tipos que ya no podían hacernos daño? —preguntó.

Doren le miró con ojos llameantes.

—Son los Merodeadores de Wurru, los sujetos más abyectos y repulsivos que jamás puedas imaginarte —contestó—. Se dedican exclusivamente a la matanza y al saqueo, sin importarles en absoluto las reglas ni a quién asesinan. Es raro que entre nosotros, en un combate, nos perdonemos la vida, aunque a veces sucede así. No obstante, cada vez que un grupo de cualquier bando se encuentra con los Merodeadores, los extermina implacablemente. Y, por supuesto, como has podido ver, los Merodeadores de Wurru no perdonan jamás a nadie.

—Entonces, ¿mataron a esos guerreros solamente por placer? —preguntó Val.

Doren frunció el ceño. Su mirada recorrió los ensangrentados cuerpos tendidos en el suelo. De pronto se arrodilló al lado de uno de los cadáveres y le desató una especie de carterita de cuerpo que llevaba sujeta al cinturón.

Volvió junto a Val y abrió la carterita. El joven se dio cuenta de que estaba repleta de unas hojas rectangulares de color dorado.

—Aquí hay más de cuatro mil créditos —dijo Doren, muy satisfecha. Y añadió—: Esto es lo que buscaban los Merodeadores de Wurru.

—Parece ser una suma bastante elevada —observó él.

Doren sonrió satisfecha.

—Hay bastante para adquirir cuatro o cinco cronomóviles. —Se colgó la carterita del cinturón y dijo—: En medio de todo, hemos tenido suerte de solucionar el problema de nuestro transporte.

Se agachó y despojó a uno de los muertos de su espada, con la cual cortó los arneses del caballo muerto por la explosión, el cual se hallaba situado en el lado opuesto, dejando únicamente los dos animales uncidos directamente a la lanza del carro.

—En marcha, Val —exclamó, montando en el carro de un salto.

Val la siguió no sin reluctancia, procurando esquivar los cuerpos que yacían en el suelo. Doren depositó su metralleta en el suelo del vehículo y luego tomó las riendas y el látigo.

El carro partió inmediatamente al galope, dejando atrás en pocos momentos la escena del combate. Asido con la mano izquierda a la barra del pasamanos del carro, Val procuró mantenerse en pie, con las piernas abiertas, a fin de conservar el equilibrio y soportar el rudo traqueteo de la cuadriga. En la mano derecha llevaba la pistola energética, dispuesta a usarla si divisaba algo sospechoso. En las circunstancias en que se hallaba, pensó, era simple cuestión de supervivencia. Estaba en un mundo donde había que matar para poder seguir viviendo.

El vehículo redujo notablemente el tiempo de traslado hasta Stralia. Cuando ya divisaban a lo lejos algunos detalles de los primeros edificios, al doblar una curva, se encontraron de repente con un cartel que cruzaba el camino por encima de sus cabezas.

El cartel tenía grabada una inscripción:

¡ALTO!

Forastero, estás entrando en la zona neutral.

Recuerda que el quebrantamiento de esta ley sólo tiene una pena

¡LA MUERTE!

Puesto de inspección Nº XVII

En aquel momento, un grupo de hombres armados hasta los dientes salió de la espesura cercana.

CAPÍTULO VII

Sonó una orden emitida en alta voz por uno de los hombres:

—¡Permanezcan quietos y no se muevan bajo ningún concepto!

Val y Doren se quedaron inmóviles. En total, eran unos seis u ocho hombres, vestidos con camisas y pantalones de color azul oscuro con una franja dorada en la costura. Se cubrían con una especie de quepis de color rojo vivo y sus armas consistían en pistolas y carabinas. Uno llevaba, colgadas de la cintura, dos pistolas energéticas, dispuestas en sendas fundas que le permitiesen extraerlas con rapidez, en caso de necesitar usarlas urgentemente.

El aspecto de los individuos no podía ser más patibulario; no se habían afeitado desde hacía días, y sus ropas estaban sucias y desastrosas. No obstante, y a pesar de que los vigilaban con constante atención, su actitud no era hostil en exceso.

—Son una especie de aduaneros —dijo Doren al oído de Val.

Val asintió con leve gesto de cabeza. El jefe de los individuos uniformados se acercó decidido al carruaje.

—Deben dejar aquí sus armas, excepto un cuchillo o navaja por cada uno. Pero las demás están severamente prohibidas en Stralia —manifestó—. A su salida, si vuelven a pasar por este mismo sitio, les serán devueltas.

—Muy bien —contestó Doren por los dos—. Entrega tus armas, Val.

El joven obedeció, no sin cierta aprensión. Uno de los aduaneros tomó nota de las armas que recibían, firmó un papel y se lo entregó a la muchacha.

—Ahora ya pueden seguir —dijo el jefe—. Y, recuerden, es preciso observar la ley de neutralidad con toda rigidez. De lo contrario, no durará su cabeza sobre los hombros más de diez minutos.

—Muy bien —contestó la muchacha. El jefe se retiraba ya y ella lo llamó—: ¡Espere!

—¿Qué desea? —dijo el individuo con tono despegado.

Doren estrechó su mano. Val, que observaba atentamente los menores movimientos de la muchacha, pudo darse cuenta de que cambiaban de mano unos cuantos billetes. Casi en el acto, la pistola energética cayó al suelo del carruaje.

—Procuren no llevarla a la vista o les costará el pellejo —dijo

entre dientes el jefe de los aduaneros.

—Muy bien —aceptó Doren, la cual, inmediatamente, arreó los caballos.

Val y Doren permanecieron en silencio hasta haberse alejado del puesto de vigilancia como medio kilómetro.

—Recoge la pistola y guárdala donde no te la vean, Val —dijo ella.

El joven obedeció en el acto. Sonrió sarcásticamente.

—¿Cuánto te ha costado el «permiso» de usar armas energéticas en Stralia? —preguntó.

—Cien créditos, más de lo que gana él en medio año —contestó la muchacha, sonriendo también.

«En todas partes cuecen habas», pensó él. Luego, en voz alta, exclamó:

—Dinero aparte, ¿resulta muy difícil adquirir un cronomóvil?

—En absoluto. Puedes comprarlo dónde y cómo mejor te parezca, con una sola condición: que debes usarlo fuera de la ciudad. Dentro de ella no puedes viajar por las distintas edades.

—Pero es un aparato que debe pesar lo suyo para sacarlo fuera de Stralia —objetó él.

—Compraremos también un vehículo, no te preocupes. —Doren tenía respuesta para todo. De repente, al mismo tiempo que extendía el brazo, dijo—: Mira a tu izquierda; allí tienes uno de los modos de transporte de cronomóviles fuera de los límites de Stralia.

Val giró levemente la cabeza y divisó, con no poco asombro por su parte, un aeródromo en el cual se divisaban varios aviones de carga, de gran tamaño, junto a los cuales se veía pulular una espesa multitud de individuos. Camiones y carruajes de todo género iban y venían, transportando cronomóviles, que eran cargados inmediatamente en las amplias bodegas de los aviones, en los costados de cuyos fuselajes se veía pintada una serie de extrañas insignias, todas ellas diferentes y que le hicieron entender a Val señalaban el bando al cual pertenecía cada aparato. Había también una especie de torre de control y en uno de los extremos del campo se veía un avión, tomando carrera para lanzarse al aire.

—Así se transportan los cronomóviles a los sitios que están demasiado alejados de Stralia —manifestó Doren.

—¿Sólo hay fábricas de cronomóviles en Stralia?

—Sí, hay otras ciudades donde los construyen, pero están en los antípodas del planeta. También son ciudades con zona de neutralidad, por supuesto —respondió la muchacha.

Stralia se hallaba ya a menos de un kilómetro. Pocos minutos después, Doren tiró de las riendas y detuvo el carruaje junto a la puerta de un vasto edificio, con una especie de corrales en la parte posterior, sobre cuyos muros se leía un rótulo:

ESTABLO PÚBLICO. GARAJE.

—Aquí se dejan los vehículos. En el interior de la ciudad está prohibido todo género de circulación rodada. Pero hay aceras deslizantes.

Un hombre salió del establo y se hizo cargo del carruaje. Doren le entregó un billete de diez créditos, recibiendo a cambio una contraseña que guardó en su zurrón.

—Vamos —dijo.

A trescientos metros de distancia, empezaba la primera acera deslizante, en una calle en donde los edificios estaban todavía muy separados entre sí. Poco a poco, sin embargo, fue creciendo la aglomeración urbana, así como el gentío en las calles.

En medio de un asombrado silencio, Val pudo contemplar la extraña topografía de la ciudad. Junto a edificios prehistóricos, construidos sin otro material que piedras encajadas entre sí de cualquier manera, con sólo una puerta como único hueco, pudo ver altos rascacielos de vidrio y aluminio. Al lado de las cabañas de troncos se veían palacios de piedra cincelada, y junto a las casas de madera y ladrillo podían contemplarse los barracones de paredes de tablas y techo de lata acanalada. Era la anarquía pura y total en lo arquitectónico, excepto por una cosa: la rigidez igualitaria del trazado cuadriculado de las calles. Había muchos solares desiertos y otros con construcciones a medio edificar; lo mismo podía verse a un par de barbudos sujetos levantando una cabaña con tableros de cartón encerado, que a una cuadrilla de hábiles operarios soldando el armazón metálico de un edificio de último modelo.

El bullicio y la algarabía eran continuos y la mezcolanza de seres de todos los tipos y épocas resultaba impresionante. Allí podía verse lo mismo al hombre de la edad del sílex que al que pilotaba aviones supersónicos; al bárbaro medieval de hacha y mandoble, codeándose con el soldado de Caballería de sable y revólver al

cinto; el lansquenete se mezclaba con el legionario de aspecto romano y con el soldado de la guerra Subatómica, y todo ello en medio de una confusión y una algarabía ensordecedoras y aturdidoras, aumentadas por las voces y risas de las numerosas cortesanas y damas que caminaban por todos los sitios al lado o en pos de los hombres. Puestos de dulces, asados, refrescos y licores aparecían en impresionante ringlera por todas partes, y sus dueños voceaban y ensalzaban las virtudes de sus mercancías a grito pelado, contribuyendo así al alboroto general.

Val divisó también numerosos anuncios de casas constructoras de cronomóviles, desde los de dos plazas hasta los que eran capaces de trasladar a través del tiempo a medio batallón de soldados. Era un espectáculo pintoresco, abigarrado y alucinante, que hizo al joven dudar de la integridad de sus sentidos. Enemigos feroces que a diez kilómetros de aquel lugar se habrían degollado sin previo aviso, salvajemente, sin cuartel, bebían juntos alegremente y se emborrachaban del brazo de las cortesanas que aspiraban a sacarles el dinero obtenido en sus tropelías y desmanes por otros lugares del planeta. Val se sintió a la vez espantado y admirado por cuanto veía y oía.

Las aceras deslizantes se entrecruzaban en las intersecciones de las calles, el centro de las cuales, normalmente, debiera haber sido ocupado por el tránsito, pero que al estar prohibida la circulación de todo género de vehículos, lo era por los numerosos tenderetes donde se vendía de todo, desde ropas a ínfimas baratijas y desde pasteles a latas de conserva. Aunque había numerosos puestos donde se servían bebidas, la mayoría de los circunstanciales habitantes de Stralia preferían beber, sin embargo, en locales cerrados donde existía un mínimo de comodidad.

Por consejo de Doren, se abstuvieron de penetrar en locales donde se expendían bebidas. Ella le guió a través de varias amplias calles, hasta llegar a un edificio en el cual se leían las letras que componían el pomposo rótulo de «Hotel Interestelar».

Cruzaron el umbral y se dirigieron a recepción. Un joven y obsequioso empleado les atendió inmediatamente.

—Los señores desearán, sin duda, una habitación —dijo.

—Dos —corrigió Doren—. Individuales, pero juntas. —Sacó un impresionante fajo de billetes, del que desgajó unos cuantos, que

arrojó desdeñosamente sobre el mostrador—. Las mejores —pidió secamente.

—No faltaría más, señora —contestó el meloso recepcionista. Se volvió hacia el tablero, estudió un momento sus compartimentos y al fin eligió un par de llaves, que entregó a la pareja—: Aquí tenéis. Piso octavo, cuartos 327 y 329. Son de los mejores...

Doren le interrumpió, sin dejarle proseguir con sus elogios de las cualidades de las habitaciones del hotel.

—Me lo supongo —dijo fríamente—. Oye, si tú quisieras adquirir un cronomóvil, ¿a qué constructora se lo comprarías?

—A la Intertiempo, señora —contestó el recepcionista, sin vacilar—. Es la más acreditada de todas.

Doren hizo saltar su llave en la palma de la mano.

—Muy bien —dijo—. Avisa a uno de los vendedores de la marca. Dile que lo esperamos urgentemente.

—Sí, señora. ¿Tu equipaje, por favor?

—No lo traemos —respondió Doren—. ¿Vamos, Val?

—Un momento —dijo éste. Se encaró con el recepcionista—: ¿Cómo te llamas?

—Frois —contestó el aludido.

—Muy bien, Frois. ¿Dónde puedo encontrar una historia de Sharryck?

El recepcionista parpadeó, asombrado.

—¿Acaso es la primera vez que te piden una cosa semejante? —preguntó Val sarcásticamente.

El empleado dijo:

—Sí, señor... Es decir, no, señor... Pero, una historia de...

—Abreviemos —cortó Val—. ¿Puedes proporcionármela, sí o no?

Doren no sabía cuáles eran las intenciones del joven, pero se apresuró a ayudarle, y depositó sobre el mostrador un billete de cien créditos.

—¿Bastará con eso?

—Oh, sí, claro que sí, señora. La conseguiré lo más rápidamente que pueda...

—Ten en cuenta una cosa —le advirtió Val—. Quiero una historia de Sharryck que abarque desde el siglo veintiocho o treinta, aproximadamente, hasta la prehistoria. ¿Me has comprendido?

—Por supuesto, señor. Encargaré que la busquen ahora mismo y me esforzaré porque la recibas cuanto antes.

—Si puede ser dentro de treinta minutos, mejor que dentro de una hora —concluyó Val con acento tajante.

Se separaron del mostrador. En el lado opuesto del vestíbulo, en el cual reinaba una gran animación y en donde podían verse tipos de todas las edades y cataduras, adquirieron ropas nuevas para cambiarse las que llevaban puestas, que estaban ya sucias y hasta apestosas. Luego, el ascensor les llevó hasta el piso octavo.

Se separaron en la puerta de sus habitaciones respectivas, después de quedar en reunirse después del aseo en la de Doren. Val penetró en la suya, hallándola sobriamente amueblada, pero limpia y cómoda.

—Al parecer, a los stralianos, con tal de hacer negocio, no les importa nada —comentó.

Se metió en el baño, de donde salió media hora después completamente limpio de la mugre y suciedad que había acumulado en las horas de permanencia en Sharryck. Se puso las ropas nuevas, de inferior calidad a las que se fabricaban en la Tierra, pero fuertes y sólidas y, sobre todo, cómodas. Luego se escondió la pistola energética debajo de la blusa nueva, hecho lo cual salió de su cuarto y se trasladó al de Doren.

La muchacha tardó en salir del baño un poco más. Sus ropas consistían ahora en una blusa holgada y un par de pantalones que concluían a media pierna. La cartera con el dinero pendía del cinturón.

—¿Encargamos comida? —preguntó él.

—Espera un momento —rogó la muchacha—. Antes quiero que me contestes a una pregunta. No te dije nada antes, porque esperaba a ponerme cómoda.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—¿Por qué has pedido la historia de Sharryck?

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Una idea? ¿Acerca de qué, Val? —inquirió ella, extrañada.

—¿No te agradaría a ti terminar con ese absurdo estado de anarquía? ¿No te gustaría que la paz volviese a tu planeta?

Doren le dirigió una escrutadora mirada.

—Val —dijo lentamente—, muchos lo han intentado antes que

tú, pero todos han fracasado rotundamente.

—Debe de ser porque no han empleado el mismo medio que he empleado yo —contestó él sin inmutarse.

—¿A qué medio te refieres? —preguntó la muchacha.

—Pues...

Alguien llamó a la puerta en aquellos momentos. Los dos volvieron la cabeza al unísono.

—Hablaremos más tarde —dijo Val, encaminándose hacia la puerta.

CAPÍTULO VIII

Apareció un hombre bajo el dintel, una vez que Val hubo abierto. Era menudo, calvo y ocultaba sus ojos detrás de unas antiparras de gruesos cristales. Sujeto con el brazo izquierdo, traía una gruesa carpeta de piel.

—Me llamo Quell, noble señor —saludó untuosamente—. Tengo entendido que en esta habitación fueron solicitados los servicios de la Intertiempo, la mejor constructora de cronomóviles.

—En efecto —respondió Val, echándose a un lado—. Pase usted, señor Quell... Perdón, pasa, Quell.

—Gracias —contestó el calvo, sonriendo melifluamente. Cruzó el umbral y saludó a la joven con una inclinación de cabeza—. Señora.

—Soy Doren de Tchalkak —se presentó ella—. ¿Traes el catálogo de cronomóviles?

—Por supuesto, noble señora. —El recién llegado colocó la carpeta sobre la mesa y la abrió de par en par y mostró la fotografía de un aparato muy parecido al que Val conocía—. Cronomóvil de dos plazas, tipo A, capaz de desplazarse por todas las épocas del tiempo. Garantizado absolutamente. Se vende ya con seguro contra posibles defectos de fabricación, pero no se entrega al cliente sin un certificado de haber sido probado satisfactoriamente a lo largo de, por lo menos, mil quinientos años...

—Eso no es suficiente —cortó Val bruscamente.

—¿Por qué? —Quell le miró por encima de las antiparras con

expresión de asombro.

—Quiero que el cronomóvil haya sido probado a lo largo de tres mil años por lo menos.

—Pero, Val... —empezó a decir Doren.

—Por favor —cortó él—. Déjame hablar. ¿Qué me respondes, Quell?

El individuo pasó la página.

—Éste es un hermoso cronomóvil —alabó la figura que había representada sobre la hoja—. Sólido, duradero y garantizado contra...

—¿Puede viajar a todo lo largo de tres mil años, sí o no? —preguntó Val secamente.

—Pues, sí, claro —respondió el hombrecillo titubeante.

Val se dirigió hacia la puerta. Gritó:

—Estás mintiéndome, Quell. Llamaremos al representante de otra compañía...

—¡Aguarda! —gritó Quell, desesperadamente, viendo que se le escapaba el negocio—. Te facilitaré el cronomóvil que me pides —dijo con evidente acento de mala gana—. Pero apenas si hay nadie que los adquiera para más de dos mil años...

—Eso no me importa —expresó Val fríamente—. Si no tienes uno para tres mil años al menos, ya puedes tomar el portante y largarte.

Quell pasó la hoja.

—Aquí está —dijo con el acento del hombre que va camino del cadalso—. Capacidad para cuatro personas, potencia de viaje hasta tres mil seiscientos cincuenta años, precisión a la centésima de segundo en la marcación de fechas, garantía absoluta con certificado de pruebas...

—¿Precio? —inquirió Doren.

Quell dijo:

—Dos mil ochocientos créditos.

—Buen viaje —dijo Doren heladamente—. He tenido mucho gusto en conocerte, viejo ladrón.

—Espera un momento, hermosa dama —rogó Quell con tono de súplica—. Dos mil ochocientos...

—Es un precio suficiente para comprar media docena de cronomóviles con menos de un año de uso. ¡Fuera, vieja urraca! —

le apostrofó la muchacha.

—Está bien —gimió Quell—. Mi comisión... Te lo dejaré en dos mil trescientos, bella entre las bellas.

—Tus elogios me dejan fría —contestó Doren—. Setecientos cincuenta y ahora mismo, en billetes de papel metalizado auríferamente. Vamos, decídete pronto o llamo a otro de tus competidores.

Una expresión agónica apareció en los ojos del vendedor.

—Noble señora, tú quieres que mi mujer y mis hijos perezcan de hambre. Dos mil cien es un precio muy ajustado. Sólo me ganaré cincuenta créditos de comisión y...

—Échalo, Val —ordenó Doren—. Hay compañías que nos venderán un aparato por la mitad del precio que nos ha fijado este sinvergüenza.

Val agarró a Quell por el cuello y los fondillos y lo empujó hacia la puerta, a pesar de sus protestas.

—¡Espera, Doren de Tchalkak! —gritó el vendedor quejumbrosamente—. Mi última oferta. Mil setecientos...

—Mil ciento cincuenta, devorador de carroña —le insultó ella.

—Mil cuatrocientos, señora, por el amor que le tienes a este apuesto caballero.

—Yo no estoy enamorada de ese sujeto —dijo Doren desabridamente—. Mil doscientos.

—¿Y cincuenta más? —preguntó Quell con un orillo de codicia en sus menudos ojillos.

Doren iba a contestar afirmativamente, cuando, de pronto, sonaron unos nudillos en la puerta de la estancia. Val miró a la muchacha y ella movió la cabeza.

Abrió la puerta. El recepcionista apareció, seguido por un muchacho portador de una gran caja oscura, de forma oblonga, de unos cincuenta centímetros de alto, por otro tanto de largo y treinta de grueso. El muchacho depositó la caja sobre la mesa.

—Con permiso —dijo Frois.

Abrió la caja y extrajo de la misma un singular aparato, parecido a un proyector cinematográfico, dotado de un objetivo cuadrangular de unos quince centímetros de lado. En la base del mismo se divisaba un pequeño teclado, semejante al de una máquina de escribir, aunque con muchas menos teclas.

—La historia de Sharryck que pediste, señor —dijo Frois. Señaló el teclado—. Basta que marques con las teclas la época que quieras estudiar para que aparezca al momento en la pantalla. Combinando las teclas adecuadamente, podrás obtener en la pantalla diversos hechos de una misma época, incluso aunque se hayan desarrollado simultáneamente.

—Yo conozco el funcionamiento —dijo Doren, entregándole otro billete de cincuenta créditos. Dio al muchacho uno de veinte y los despidió con un gesto de su mano—. Eso es todo, muchas gracias. Ah —advirtió—, queremos comer dentro de treinta minutos.

—Serás servida como te mereces, señora —contestó Frois, doblando servilmente el espinazo.

Al quedarse los tres solos, Doren se volvió hacia Quell.

—Habíamos dicho que mil doscientos cincuenta créditos —expresó.

El vendedor puso cara de resignación.

—Las circunstancias me obligan a ello —dijo lúgubremente—. Prepararé los documentos de venta.

—No te quejes —dijo ella ásperamente—. Estoy segura de que le ganas al menos un veinte por ciento de comisión. Lo que ocurre es que quisiste pasar de listo, eso es todo.

Quell soltó una risita de conejo, pero no dijo nada. Sacó un fajo de documentos y los puso a la firma. Doren escribió su nombre con trazo rápido y luego pasó la pluma al joven.

—Firma tú, Val —dijo—; es conveniente que los contratos estén a nombre de los dos.

—Debe de ser una delicia poder llamarse ciudadano de Stralia —comentó, mientras firmaba—. Comercian con todo el mundo, se hinchan de dinero y no corren ningún riesgo. ¿Es muy difícil adquirir la ciudadanía straliana?

—Tan difícil como hacer moverse en el espacio a un cronomóvil por sus propios medios —respondió Doren—. Sólo los nacidos en Stralia tienen derecho a llamarse ciudadanos de esta población.

—Lo que me pregunto yo —murmuró el joven—, es por qué a nadie se le ha ocurrido acoplar un motor y unas ruedas al cronomóvil para llevarlo de un lado a otro.

—Ya se ha pensado en ello, noble señor —dijo Quell, recogiendo los documentos, mientras Doren contaba el dinero—. Pero las

emisiones eléctricas del motor influenciarían los delicadísimos mecanismos temporales del cronomóvil. Ese supuesto motor crea siempre parásitos y hasta ahora no se ha descubierto la manera de eliminarlos. Es preciso, para utilizarlo, transportarlo con todos los circuitos desconectados en un vehículo adecuado, generalmente de tracción animal, hasta el lugar donde el comprador quiere emprender su viaje a través del tiempo.

—Pero la circulación rodada está prohibida en Stralia —arguyó Val.

—No cuando se trata de cronomóviles, los cuales, además, viajan por las vías periféricas —contestó el vendedor—. A propósito, ¿dónde ha de ser entregado y a qué hora?

—Mañana, entre el amanecer y el mediodía, al otro lado del puesto de control número diecisiete —contestó la muchacha.

—Muy bien. El cronomóvil estará allí, noble dama. Señor…

Una vez se hubo ido Quell, Doren se enfrentó con Val.

—Bueno —dijo, plantándose ante él con las manos apoyadas en las caderas y los pies ligeramente separados—. Ahora ya tenemos el cronomóvil y, por lo tanto, puedes regresar a tu época. Pero me gustaría, antes de que te marchases, saber para qué quieres la historia de Sharryck.

—Te dije antes que sería algo maravilloso devolver la paz a este desdichado planeta.

—En efecto. Y yo te contesté que nadie lo había logrado hasta ahora.

—Porque, quizá, no han ensayado mi método.

La muchacha preguntó:

—Y ¿cuál es, si puede saberse?

Alguien llamó en aquellos momentos.

—¿Quién es? —preguntó Val.

—La cena, señor.

—Hablaremos mientras comemos, Doren —murmuró Val, encaminándose hacia la puerta.

La cena era abundante y estaba muy bien preparada. Val comió con magnífico apetito y, mientras lo hacía, relató a la muchacha sus propósitos, a grandes rasgos. Al terminar de exponer sus planes, ella se quedó muy pensativa, con una copa de vino sostenida en alto, a mitad de camino entre la mesa y sus labios.

—La idea es buena, magnífica, pero yo le encuentro un inconveniente insalvable —dijo al cabo.

—¿Cuál? —preguntó Val.

—Que luego no podrías regresar a tu época.

Val movió la cabeza pesadamente.

—Ya he pensado en ello y es el único punto oscuro de mi plan —respondió—. Pero —añadió con cierta energía—, debe de haber un método infalible para conseguirlo. No sé cuál, es cierto, pero te aseguro que acabaré por hallarlo.

Doren señaló con la cabeza el proyector de documentos.

—¿Piensas estudiar toda la historia de Sharryck? —inquirió.

—Sólo determinada época, la que más nos conviene —contestó él.

—¿Por qué haces eso? —exclamó Doren—. A fin de cuentas, eres extraño en Sharryck. No tienes aquí ningún interés ni te importa la suerte que podamos correr los sharryckanos. En puridad, debieras aprovechar la ocasión, volver a la época en que nos conocimos y esperar el regreso de tu astronave.

—Ciertamente, así debiera de ser; pero no lo haré, a menos que me vea inexorablemente obligado a ello. Tengo buenas razones para intentarlo.

—Explícate, ¿quieres?

—Con mucho gusto —respondió él—. En primer lugar, un planeta en paz es un planeta con el cual se puede comerciar. Si yo consigo acabar con esta anarquía, establecería rápidamente contratos de transporte y venta de mercancías con los gobiernos de las distintas naciones que existan en mi época. Esto, naturalmente, me daría la primacía sobre mis competidores, con los beneficios que puedes suponerte. Incluso conseguiría créditos y préstamos para fundar mi propia flota de astronaves y establecer una red de comercio con la Tierra. ¿Vas comprendiendo?

Doren movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto. ¿Hay alguna otra razón?

Val estudió cuidadosamente su respuesta.

—Sí, una —dijo al cabo—. Tú.

El rostro de Doren se tiñó de un suave rubor.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Creo que estás empezando a gustarme, Doren. Tengo treinta y

cinco años y es hora ya de empezar a fundar un hogar. —Vaciló un momento—. Realmente, no hace más que unas pocas horas que murió el hombre con el cual te ibas a casar... bueno, horas no, sino un montón de siglos... pero hemos de tener en cuenta que la vida sigue su curso inexorablemente. Por favor —agregó—, no tomes esto como una declaración, sino, simplemente la expresión de lo que siento. Quizá sea demasiada presunción por mi parte, Doren, haber hablado de esta manera. De todas formas, lo dije sinceramente y no debes molestarte por ello.

La muchacha jugueteó unos momentos con su copa de vino.

—Es pronto, en efecto, para concretar nada al respecto —contestó al cabo de unos segundos—. Sin embargo, el inconveniente de la diferencia de edades surgiría a cada momento. Recuerda que estamos viviendo en una de las épocas más primitivas de la historia de Sharryck, separada de la de tu llegada por una enorme cantidad de siglos.

—Obviaremos ese inconveniente —dijo él con firmeza—. No sé cómo, pero ya encontraré un medio de arreglarlo todo.

Ella le dirigió una suave sonrisa.

—Ojalá lo consigas —murmuró.

Val terminó su última copa de vino. Empaquetó el proyector y tomó la caja.

—Voy a estudiar historia —dijo sonriendo—. Te veré mañana a la hora del desayuno.

—Hasta mañana —contestó ella.

Val se encaminó a su habitación. Desempaquetó de nuevo el proyector y manipuló en los mandos, hasta encontrar la época deseada. Estuvo un buen rato estudiando a fondo los acontecimientos de aquella época, hasta quedar convencido de que los conocía a fondo.

Al cabo de un buen rato, se tendió en el lecho. Apagó la luz, se puso un cigarrillo encendido entre los labios y comenzó a pensar en la serie de increíbles acontecimientos que le habían sucedido desde su llegada a Sharryck. Pero aquellos pensamientos fueron sustituidos bien pronto por la imagen del lindo rostro de Doren. «Es una buena chica y será una maravillosa esposa», pensó, segundos antes de dormirse como un plomo.

La muchacha le gustaba.

Su sueño se vio bruscamente turbado por la intuición de extrañas presencias en la habitación. Se despertó cuando alguien encendió la luz inesperadamente y, al sentarse en el lecho, vio a cuatro o cinco individuos rodeándole con rostros ceñudos y las pistolas en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó airadamente—. ¿Por qué me despiertan? ¿Quiénes son ustedes?

Los intrusos vestían de una forma muy semejante a los que les habían detenido en el punto de control. Uno de ellos extrajo del bolsillo de su camisa una tarjeta y se la enseñó al joven.

—Capitán Ayestry, de la Policía de Stralia. Val Hallydan, en nombre del Juez del Séptimo Tribunal, quedas detenido por violación de la ley de neutralidad. El Juez ha dispuesto que seas juzgado a las nueve de la mañana del día que acaba de empezar hace unos minutos. Eso es todo.

La sorpresa que recibió el joven al escuchar aquellas palabras fue tan grande que no tuvo fuerzas siquiera para articular una palabra.

CAPÍTULO IX

El Séptimo Tribunal estaba instalado en una sala de severo aspecto, con grandes ventanales en dos de sus costados y atestada de un público ávido de presenciar los juicios y escuchar las sentencias del juzgador. Sentado en un banco de dura madera, entre cuatro o cinco sujetos de aspecto patibulario, Val aguardaba el momento de ser llamado a deponer ante el tribunal, todavía aturdido y desconcertado por lo que le estaba ocurriendo.

Por un momento, pensó que estaba siendo víctima de una pesadilla. Pero no había tal; todo lo que sucedía era real, de una cruel y auténtica realidad. Los murmullos de la muchedumbre, las risitas comprimidas, el heder de la carne sudorosa, la presencia de los guardias... y el rojo estrado donde se colocaba el juez, a la derecha del cual había un sujeto enorme, hercúleo, desnudo de la cintura para arriba, vestido tan solamente con unos pantalones rojos

y con la cabeza cubierta por un capuchón del mismo color. Era el ejecutor de la justicia y sus manos estaban apoyadas sobre el mango de una enorme hacha, el brillo de cuyo acero solamente producía ya terribles escalofríos.

Como todos los acusados, Val tenía las manos esposadas a la espalda. Había pasado la noche en un infecto calabozo, acompañado de una serie de sujetos tan desgraciados como él, sin haber sufrido el menor interrogatorio ni haber sido escuchado por sus carceleros en las numerosas protestas que había formulado de todas las maneras. Al fin, rendido y agotado, se había dejado caer en el suelo húmedo y pedregoso, tendido en el cual había permanecido hasta que, a golpes de látigo, había sido sacado de su encierro y conducido al tribunal.

Lo peor para Val no era, sin embargo, el hallarse en semejante lugar, sino que no había visto a Doren ni tenía la menor noticia de la muchacha. Había sido en vano que suplicara que la buscasen; nadie había querido hacerle el menor caso y, hasta el momento presente, Doren no se había dejado ver. ¿Dónde se había metido? Si al menos, pensó con amargura, le hubiese dejado algunos billetes... Los funcionarios policiales de Stralia, ya había podido comprobarlo, eran fácilmente influenciables con unos cuantos billetes. Pero al haberse quedado ella con todo el dinero, Val no había podido intentar nada en ese sentido.

Val estaba perdido.

Una voz altisonante acalló de pronto los rumores del espeso público que atestaba totalmente el local en el lugar destinado para ello.

—¡Atención, atención todos! ¡El Juez Mirz, del Séptimo Tribunal, entra para dictar justicia!

Se abrió una puertecita lateral y un hombre penetró en el salón. Era un sujeto esmirriado, contrahecho, de hombros torcidos y mirada atravesada, vestido con una pringosa túnica de color púrpura con orlas negras. Tomó un macillo que tenía sobre la mesa y dio orden de que se le presentara el primer acusado.

El juicio fue rápido. Un escribano expuso los delitos del acusado y el juez Mirz dictó su sentencia:

—Decapitado en la plaza pública al término de la presente sesión.

El acusado chilló y protestó, pero dos guardias se lo llevaron en volandas, en medio del salvaje regocijo de los espectadores. Deliberadamente, Mirz permitió que el público celebrara su sentencia con gran algazara. Luego impuso silencio de nuevo y llamó al segundo acusado.

Con los ojos fuera de las órbitas, Val presenció los juicios de sus desdichados compañeros. Eran unos juicios rápidos, fulminantes, sin fiscal ni defensor, con sólo una ligera exposición de los hechos imputados. Y la justicia del juez Mirz era igualmente rápida y expeditiva, además de única: pena de muerte.

De pronto sonó su nombre.

—¡Val Hallydan!

Unas manos le empujaron hasta situarlo a cuatro pasos del estrado. El juez Mirz le miró críticamente.

—¿De qué se acusa a este sujeto? —preguntó.

—Señoría, yo... —quiso hablar el joven, pero sus palabras fueron cortadas rápidamente por los mazazos del juzgador.

—¡Silencio! —tronó Mirz—. Nadie habla si yo no le pregunto. Escribano, exponga la acusación.

—Sí, señoría —contestó respetuosamente el aludido—. El acusado, llamado Val Hallydan, ha violado la ley de neutralidad. Se le encontró una pistola energética, arma terminantemente prohibida en los límites urbanos de Stralia.

El mazo del juez Mirz sonó de nuevo.

—El caso está clarísimo. Decapitación por hacha en la plaza pública. Se levanta la sesión. —Y se marchó, antes de que el aterrado Val tuviera tiempo de formular la menor protesta.

—¡Dios mío! —fue todo lo que supo decir, abrumado por el desastre que se le había venido encima.

Dos fuertes manos lo sacaron de la sala, en medio de un griterío ensordecedor. De allí fue llevado a un pequeño cuartito, en donde ya estaban reunidos los condenados.

Ninguno de los allí presentes sentía el menor deseo de hablar. Todos, al igual que Val, estaban terriblemente abatidos por su próxima muerte. Uno o dos gimoteaban sordamente; los demás, parecían mantenerse con cierta serenidad.

Apenas si estuvieron allí cinco minutos. La puerta se abrió de pronto y el hombre enmascarado de rojo penetró en el cubículo.

El verdugo contempló a los condenados críticamente.

—Poneos en pie, junto a la pared —ordenó.

Los reos obedecieron en el acto. El verdugo fue pasando por delante de ellos, examinando sus cuellos con gestos apreciativos. Gruñó un par de veces y al fin, después de haber examinado a Val y tanteado con una grasienta mano el diámetro de su garganta, retrocedió un par de pasos y se puso en jarras.

—¿Alguno de vosotros tiene siquiera un miserable billete de cinco créditos? —preguntó.

—Yo —contestaron dos o tres.

El verdugo les registró despreocupadamente y se quedó con el dinero que poseían los condenados. Luego se enfrentó con Val.

—¿Y tú? —dijo.

—Lo... lo siento. No poseo un solo décimo.

El ejecutor meneó la cabeza.

—Lo siento por ti, chico —dijo—. A la gente le gusta ver patear a los condenados y por eso les doy varios golpes con la segur antes de separarles la cabeza del tronco. Pero al que me paga, se la corto de un solo hachazo. Bueno, peor para ti —concluyó con indiferencia. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, señalando a los reos con el pulgar—. Ya podéis llevároslos, muchachos —se dirigió a los guardias.

Momentos después, Val y sus desdichados compañeros eran obligados a subir a una carreta tirada por dos vacilantes jamelgos. Salieron del patio del tribunal a la calle y caminaron en medio de una espesa muchedumbre que reía y vociferaba estruendosamente, como si se tratase de una fiesta de gran celebración.

Val se dejó llevar como aturdido, sin oponer la menor resistencia. Le parecía que todo era un sueño y que despertaría en cualquier momento. Sin embargo, sabía de sobra que aquellos pensamientos eran meros deseos y no realidades.

Al cabo de varios minutos, la carreta salió de pronto a un espacio despejado, atestado por una inmensa multitud, la cual prorrumpió en un unánime alarido al ver a los condenados. Val alargó el cuello instintivamente y de pronto sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Una fruta parecida a un tomate maduro se estrelló contra su mejilla, pero, horrorizado por lo que estaba viendo, no se tomó

siquiera la molestia de limpiarse. A su lado, uno de los reos recibió una pedrada en la sien y se derrumbó como buey apuntillado.

La carreta se abría paso hasta el patíbulo, plataforma de tablones mal aserrados y peor encajados entre sí, sustentados por cuatro sólidos pilotes laterales, y a la cual se accedía por medio de una escalera del mismo material, de diez o doce peldaños. En el centro del patíbulo estaba el tajo y a su lado el ejecutor y sus dos ayudantes.

«Así es la justicia en Stralia», pensó Val amargamente: «Salvaje y primitiva, contundente y expeditiva.» Posiblemente, dada la babélica confusión de seres de todas las épocas, se necesitaba una mano de hierro que guardase un relativo orden en aquella turbulenta ciudad, pero aquella ley no debiera ir con él. Cierto que la había quebrantado -no podía negar la posesión de una pistola energética- mas no había tenido intención de utilizarla. Y, en su interior, tenía la seguridad de que todo cuanto le estaba ocurriendo se debía a una conspiración.

¿Disponía el hotel de micrófonos ocultos? En tal caso, habrían escuchado la conversación que había sostenido con Doren acerca de terminar con la anarquía imperante. Si era así, podía afirmarse que en Stralia había alguien a quien interesaba que dicha anarquía continuase, a fin de hacer buenos negocios. ¿Quién?

La carreta se detuvo súbitamente al pie del cadalso, cortando en seco sus amargas reflexiones. Uno tras otro, los condenados fueron obligados a descender, en medio de un ensordecedor griterío. El sujeto que había recibido la pedrada, fue obligado a recuperarse mediante el expeditivo procedimiento de echarle un cubo de agua en la cara.

Empezaron a subir les escalones que conducían a la plataforma del patíbulo. Debido a la amplitud de la misma, había suficiente espacio para contener a todos. Bruscamente, los ayudantes del verdugo se arrojaron sobre uno de los reos y, a pesar de las protestas y chillidos de éste, lo arrastraron al tajo.

Las manos del reo fueron desatadas de su espalda y sujetas a sendas anillas situadas a ambos lados; apoyó su cabeza en el tajo, colocándola de lado. El verdugo levantó el hacha. La multitud suspendió bruscamente su griterío.

Val desvió la cabeza a un lado. De repente sintió una fuerte

sacudida, a la vez que se oía un grito colectivo.

—¡El siguiente! —dijo el verdugo.

El ejecutado había sido uno de los que le habían pagado y por ello había podido morir sin sufrimientos. A continuación iba uno de los infelices que no habían podido conquistar los favores del ejecutor.

El desdichado se resistió cuanto pudo, mientras de su garganta brotaban inarticulados gritos de terror, burlescamente acogidos por la despiadada muchedumbre. Pese a su oposición, fue igualmente colocado en el tajo.

De repente, Val se dio cuenta de que sudaba de pies a cabeza. Vagamente, oyó los feroces gritos del condenado y los golpes del hacha con los que el ejecutor pretendía distraer a la multitud, fingiendo una torpeza que estaba muy lejos de poseer. De pronto oyó un golpe seco y los aullidos del reo cesaron en el acto.

No pudo evitar el lanzar una mirada hacia donde yacían los cadáveres de los dos decapitados, en el extremo opuesto del cadalso, cubiertos ya con unos trapos, de debajo de los cuales salían anchos regueros de roja sangre. La vista se le nubló de pronto como si fuera a desmayarse.

Súbitamente, en uno de los extremos de la plaza se arremolinó la gente. Todos cuantos estaban en la plataforma volvieron rápidamente la cabeza en aquella dirección.

Sonaron gritos de alarma. El público corría a ambos lados, escapando del brutal asalto de unos cuantos carros tirados por caballos, que avanzaban al galope, sin preocuparse poco ni mucho de las víctimas que causaban.

Sonaron algunos disparos. Se oyeron más gritos e imprecaciones. De pronto, Val creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—¡Doren! —gritó, sin poder contenerse.

La muchacha conducía la primera cuadriga, fustigando despiadadamente a los caballos, mientras a su lado, un individuo vestido con ropa manchada estilo «leopardo» disparaba su metralleta cada vez que algún reacio se retrasaba en abrir paso al carruaje. Detrás de la primera cuadriga venían tres más, cada una de ellas ocupada por dos individuos, cuyas armas funcionaban con absoluto desprecio para las vidas de los demás.

Una voz resonó bruscamente al pie del cadalso.

Ordenó:

—¡Ejecutad a ése inmediatamente!

Val se volvió. El juez Mirz, despojado de sus vestimentas profesionales, se hallaba al pie del patíbulo y su dedo índice le señalaba a él precisamente. Val quiso protestar pero, en aquel instante, los ayudantes del verdugo se abalanzaron sobre él y empezaron a arrastrarle hacia el tajo.

Se resistió con todas sus fuerzas y pudo colocar un puntapié en el vientre de uno de los ayudantes, derribándolo al suelo en medio de una catarata de gritos y aspavientos. El otro trató de golpearle, pero Val bajó la cabeza y arremetió contra él, alcanzándole en pleno rostro con el cráneo. El esbirro retrocedió agarrándose la maltratada nariz con ambas manos.

En aquel instante sonó una pavorosa detonación, a la vez que se esparcía una densa nube de humo. La plataforma de madera crujió horrorosamente, a la vez que se inclinaba hacia el lado opuesto en que se hallaba el joven.

La multitud huía en todas direcciones, gritando espantada ante el inesperado ataque de los carristas. Val sintió que el suelo del patíbulo se inclinaba peligrosamente, como si fuera a derrumbarse, y comprendió que Doren había lanzado una granada de mano contra el pilote del lado opuesto, a fin de derrumbar el endeble cadalso con un mínimo de riesgo para él.

La muchacha, cuyos cabellos ondeaban libremente al viento como una bandera de desafío, condujo hábilmente su cuadriga hasta situarla al pie del inclinado patíbulo.

—¡Salta, Val! —gritó, en medio de la confusión reinante.

En aquel momento, el ejecutor se abalanzó sobre él, el hacha en alto, dispuesto a descargar el golpe fatídico de cualquier forma. El acompañante de Doren disparó una corta ráfaga de su metralleta y el verdugo cayó fulminado.

Val corrió hacia el borde de la inclinada plataforma, cuyos crujidos aumentaban rápidamente. Tomó impulso y saltó, cayendo al suelo de la cuadriga. El soldado le sujetó, a fin de hacerle conservar el equilibrio.

Inmediatamente, Doren azotó de nuevo a sus caballos, los cuales partieron al galope. Val se sentó en el suelo del carruaje, único medio de mantenerse sobre el mismo. La cuadriga partió a toda

velocidad, atropellando a cuantos se ponían por delante. Detrás de ellos, los ocupantes de los otros carruajes disparaban continuamente sus armas, a fin de disuadir a cualquiera de acercarse a ellos y cortarles el paso.

En medio de un terrible estruendo, los vehículos atravesaron la población como un huracán de muerte y desolación. Franquearon los límites de los últimos edificios y salieron a campo abierto.

CAPÍTULO X

Continuaron corriendo durante diez minutos. De pronto, los guardias de un puesto de control les salieron al paso, intentando detenerlos. Doren fustigó aún más a sus caballos y los soldados hubieron de apartarse a un lado para evitar ser atropellados.

Los tres carruajes restantes pasaron también, no sin que sus ocupantes hubieran de sostener un corto tiroteo con los guardias. Poco después, como a unos dos kilómetros del puesto, Doren detuvo su cuadriga. Val se puso en pie, aturdido y mareado por la fulgurante carrera. El soldado que acompañaba a la muchacha le ayudó a saltar al suelo.

Doren le dirigió una mirada de simpatía. Luego abrió su carterita y extrajo de la misma un grueso fajo de billetes que entregó a su acompañante.

—Gracias —dijo—; lo habéis hecho muy bien.

El hombre sonrió, mientras se embolsaba el dinero.

—Cuando necesites otra vez de nosotros, avísanos, hermosa —dijo. Montó en el carruaje, agitó la mano y partió al galope, seguido de sus compañeros.

Entonces, Val y Doren quedaron solos.

—¿Estoy vivo o sueño? —preguntó él.

—Estás vivo —respondió Doren—, pero no podemos entretenernos en demasiadas explicaciones. —Le agarró por un brazo—. Ven, es preciso que huyamos de aquí cuanto antes.

Doren le arrastró hasta un punto situado a unos cien metros del camino, en donde Val divisó una masa vegetal de gran tamaño.

Antes de hacer nada, ella le quitó las esposas con una llave, que sacó sin que Val supiera la forma en que la había obtenido.

El joven se frotó las muñecas.

—¡Diablos! —exclamó—. Todavía no puedo acostumbrarme a la idea de tener la cabeza encima de los hombros.

—Pero caerá, si te entretienes demasiado —dijo ella, dirigiéndose hacia el montón de ramas—. Ayúdame a quitar esto.

Entre los dos arrojaron las ramas a un lado y dejaron al descubierto la brillante estructura semiovoidal de un cronomóvil. Doren se sentó en el asiento del conductor y manejó los controles, después de que Val se hubo acomodado a su lado y cerrado la puerta.

—Yo creí que los guardianes del orden de Stralia no actuaban fuera de los límites de la ciudad —dijo, aludiendo a la recomendación anterior de la joven.

—Si nosotros hemos violado la ley, ¿por qué no van a violarla ellos que, a fin de cuentas, son quienes la hacen? En fin, ¿adónde quieres que nos dirijamos?

—A la época en que llegué, naturalmente —respondió Val sin vacilar.

—Muy bien —aceptó ella.

Pulsó el botón de arranque y el panorama que les rodeaba desapareció, sustituido por una lechosa claridad sin detalle alguno. Al cabo de unos minutos, el paisaje se hizo visible de nuevo.

Val se dio cuenta de que la decoración había variado. Los árboles y plantas eran mucho menos numerosos y, en algunos lugares, se hallaban completamente secos, muertos, como si se les hubiese secado la savia.

—Pero ¡éste no es el lugar donde yo aterricé! —protesto Val.

—Ten calma —rogó Doren—. Por supuesto, estás a dos días del de tu aterrizaje, pero a cincuenta y tantos kilómetros del punto de llegada. Verás, voy a explicarte lo que ocurre.

Doren hizo una pequeña pausa y luego continuó hablando:

—Oí ruido cuando dormía y pude darme cuenta de que te llevaban detenido. Cuando me percaté de que serías conducido ante el Séptimo Tribunal, supe al instante que, si no actuaba rápidamente, tu suerte estaba echada. Entonces, me fui a la Intertiempo y exigí la entrega inmediata del cronomóvil. Las

oficinas y despachos están abiertos día y noche, digo esto como aclaración. Cargamos el cronomóvil en un carruaje y me lo llevé; con los documentos en la mano no podían negármelo, aparte de que, en la fábrica, el encargado de despachar los aparatos no había recibido orden en contrario.

»Y aunque la hubiese recibido, no se hubiera negado a entregarlo. Sería un precedente funesto que podría terminar con la ruina de Stralia. Un cronomóvil comprado y pagado debe ser entregado ineludiblemente, es la regla. Bien, entonces, soborné al conductor y, en lugar de llevarlo al sitio acordado, lo traje aquí.

»Entonces, quedaba por resolver el asunto de tu libertad. Conociendo la dureza del juez Mirz, no era difícil predecir tu suerte. Asaltar el Tribunal era imposible; era preciso actuar en un espacio abierto. Entonces busqué a esos hombres y les prometí mil créditos si me ayudaban. Rezongaron un poco; a fin de cuentas, íbamos a violar la ley de neutralidad, pero todo me parecía poco con tal de librarte. Irrumpimos en la plaza y… bien, el resto ya lo sabes tú tan bien como yo, Val.

Doren terminó su relato con el rostro encendido y el seno palpitante. Val la encontró más hermosa que nunca, aunque se abstuvo de manifestarlo. «Tiempo tendré», pensó.

—De modo que es por eso que estamos a cincuenta y tantos kilómetros del punto de llegada.

—Así es —confirmó Doren.

Val miró a la ciudad, cuyos edificios se divisaban en el horizonte.

—Pero Stralia sigue ahí —dijo.

—Sus ruinas, querrás decir —contestó ella sorprendentemente.

Val la miró asombrado.

—¿Sus ruinas? —repitió.

Doren dijo:

—Fue bombardeada a fondo hará unas pocas semanas. Resultaron destruidos la mayoría de sus edificios y muertos gran número de sus habitantes. Los restantes se dispersaron…

—Pero yo he estado en Stralia —alegó Val, atónito.

—Ciertamente. Hemos estado en Stralia, tal como era hace unos dos mil trescientos años; incluso como era pocas semanas antes. Pero ahora ha sido destruida y está deshabitada.

—Y, sin embargo, los cronomóviles se siguen fabricando —dijo él, sumamente preocupado.

—Naturalmente, puesto que las fábricas y elementos de construcción fueron trasladados a aquella época.

«Era una paradoja», pensó Val. Como si la General Motors o la I. G. Farbenindustrie hubiesen trasladado sus complejos industriales a la época precolombina o a los tiempos anteriores a Atila, temerosos sus dirigentes de que las fábricas pudieran ser arrasadas por un bombardeo subatómico. La G. M. y la I. G. F. hubieran continuado subsistiendo, sin embargo, y fabricando sus automóviles y sus medicamentos durante cientos de años más, inundando de dichos productos a los indios precolombinos y a los bárbaros de las selvas germánicas, y trasladándolos así a un mundo totalmente desconocido para ellos, pero existente, sin embargo, en el mismo estrato temporal. A pesar de todo, un día u otro, cientos de años después, o quizá miles, habría sobrevenido el bombardeo arrasador, tal como había sucedido con Stralia.

Pero Stralia había revivido de sus cenizas, eso lo sabía él positivamente, por los estudios históricos que había hecho la noche anterior. La pistola energética era un arma de tres siglos y medio más tarde, aproximadamente contemporánea del cronomóvil. Entonces, sólo era necesario...

La voz de Doren interrumpió bruscamente sus meditaciones.

—Si piensas volver al punto en donde dejaste tu astronave, Val, será mejor que emprendamos la marcha cuanto antes.

—No pienso en eso, Doren.

Ella le miró fijamente durante unos segundos. Todavía continuaban sentados en el interior del cronomóvil.

—¿Persistes en tu primitiva idea? —quiso saber.

—Sí —respondió él con voz firme.

—Hay un inconveniente que no has solucionado todavía —apuntó la muchacha.

—Es cierto —respondió Val con un hondo suspiro. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los dientes—. Puedo trasladarme a trescientos cincuenta años en el futuro, pero ¿cómo regresar?

Callaron unos momentos. Según los planes trazados, si los llevaban a cabo, la vuelta a la época actual les resultaría imposible. Y no sólo no volverían a la edad en que se encontraban -mejor

dicho, él era quien no volvería- sino que Doren desaparecería, regresando en un instante a la edad en que había nacido.

—Espera —dijo él de pronto—. Creo que tengo la solución.

Doren le miró con ojos esperanzados.

—¿Sí, Val? —exclamó anhelante.

—Creo —dijo Val muy despacio— que he hallado una solución para resolver el problema de la anarquía reinante en Sharryck. Por supuesto, los que han muerto, no podrán volver a la vida. Pero todos los vivos se ajustarán automáticamente a su fase temporal y desaparecerán los motivos de fricción y, por tanto, los conflictos.

—¿Y cómo lo piensas conseguir, Val?

—Un momento —dijo él—. Antes de contestarte, quiero saber una cosa. ¿Sientes deseos de volver a tu época?

Doren vaciló:

—Mi padre se casó con otra mujer —contestó, un tanto evasivamente—. Le quiero, sí, pero ya no me necesita... ni yo le necesito a él, dicha sea la verdad. En cambio, si pudiera ser, me gustaría conocer tu planeta.

—Muy bien. Entonces... —Val hizo memoria y luego citó una fecha—. Trasládame a esa época —pidió el muchacho.

—De acuerdo —accedió ella.

Momentos después, el cronomóvil se había trasladado a la época solicitada. Al hacerse visible el paisaje circundante, Val se dio cuenta del cambio operado en cuanto les rodeaba. Habían desaparecido por completo las señales de la guerra, los árboles eran frondosos, el suelo estaba cubierto de un fresco y jugoso césped y se veían numerosos arbustos adornados con flores de pintorescos y vívidos colores. Corría un arroyuelo, y no lejos de allí vieron pacer tranquilamente un grupo de pequeños animales semejantes a los corderos terrestres.

La sensación de paz y tranquilidad era indescriptible. Val abrió la puerta de su lado y un torrente de brisa embalsamada por el perfume de las flores penetró al instante en la cabina.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó, llenándose los pulmones de aire.

Doren le contempló, sonriendo.

—En efecto, hacía tiempo que no veía nada semejante —concordó. Y al cabo de unos segundos, preguntó—: Bien, ¿qué es lo

que debo hacer ahora?

—¿Podrás resistir cuarenta y ocho horas seguidas de viaje temporal? —inquirió Val.

Doren dijo:

—Espero que sí. Pero, ¿es que piensas tardar tanto?

—Posiblemente no, aunque deseo tomarme un margen razonable de seguridad. Regresaré justo dentro de cuarenta y ocho horas. —Levantó la vista al cielo, calculando la posición de los dos soles—. Fíjate en los soles y hazte visible entonces. ¿Tienes algo de comida?

—No, pero veo allí unas frutas que pueden servirme —contestó Doren. Saltó del aparato, cogió un puñado de aquellos frutos, semejantes a manzanas, y regresó al vehículo.

Val estaba ya fuera. Le pidió dinero y ella le entregó la cartera.

—No te olvides —hizo su última recomendación a Doren—: debes permanecer viajando continuamente en el tiempo hasta mi regreso.

—¿Y si no vuelves? —preguntó ella aprensivamente.

Val dudó un momento.

—Es una posibilidad que no debe ser tomada en cuenta siquiera —contestó con voz menos segura que lo que habría deseado. Cerró la portezuela del cronomóvil y se retiró unos pasos.

Desde su interior, Doren agitó la mano. Val la correspondió. Segundos después, el aparato desaparecía silenciosamente.

Val suspiró. Luego giró sobre sus talones y empezó a caminar.

Acababa de dar comienzo el plan que había forjado para devolver la paz a Sharryck.

«¿Conseguiré triunfar?», se preguntó, atormentado por las dudas. ¿No se produciría una catástrofe de efectos a escala cósmica si ejecutaba sus propósitos tal y como los había meditado?

—Es ya tarde para retroceder —exclamó en alta voz, mientras afirmaba su paso sobre el suelo cubierto de hierba.

CAPÍTULO XI

S

esenta minutos después, salió al borde de una carretera de

magnífico aspecto, la cual, a juzgar por su trazado, conducía a Stralia. Las líneas generales del camino eran rectas, dado el aspecto casi llano del terreno, con algunas suaves curvas en los lugares más convenientes. Los vehículos circulaban por aquella carretera, de unos treinta y cinco metros de anchura, en diferentes canales según su velocidad, que oscilaba entre los cien y doscientos cincuenta kilómetros a la hora.

Los automóviles corrían suspendidos sobre un colchón de aire. Por regla general, su aspecto era muy parecido; una especie de salvavidas de forma ligeramente cuadrangular, con los bordes en forma de salchicha y la cabina acupulada, totalmente transparente. Había vehículos de todas clases y tamaños, desde el que sólo podía transportar a dos personas hasta el que poseía la capacidad suficiente para acomodar a un centenar de ocupantes, semejante a un enorme autobús. Éstos, y los vehículos de carga y transporte, eran los que menos corrían, con una velocidad media que oscilaba entre los ciento veinte y los ciento cuarenta.

Val dejó pasar unos cuantos automóviles de pequeño tamaño, hasta que divisó en lontananza uno con aspecto de autobús. Entonces agitó la mano varias veces.

El conductor refrenó la marcha. Manejó un control y abrió la portezuela. Val penetró en el interior.

—¿A Stralia? —preguntó el conductor.

—Sí, claro.

—Son diez créditos —dijo el hombre. Val abonó el importe del viaje.

—Siéntese por ahí —le indicó el conductor. El autobús arrancó de inmediato.

Val divisó dos hileras dobles de veinticinco asientos cada una, de los cuales estarían ocupados unos sesenta por personas de ambos sexos y de todas las edades, vestidas de una forma común, con ligeras diferencias en el atuendo y en el color de sus prendas. Después de estudiar el aspecto interior del vehículo, buscó un lugar solitario, se sentó y, después de apoyar la cabeza en el respaldo, entrecerró los ojos, dejando vagar libremente su imaginación.

Pensó primeramente en el dinero que tenía. Doren había pagado mil doscientos cincuenta créditos por el cronomóvil; había dado mil a sus colaboradores en el salvamento y, entre sobornos y otras

gratificaciones, más la cuenta del hotel, podían calcularse alrededor de quinientos o seiscientos más. En resumen, le quedaban unos mil cien o mil doscientos créditos y, con ellos, pensaba, tendría suficiente para desenvolverse sin ninguna dificultad en Stralia.

Un hombre se sentó de repente a su lado. Val le dirigió una oblicua mirada.

—¿Forastero? —preguntó el sujeto. Era un tipo de cuarenta y tantos años, bien vestido, de aspecto opulento, satisfecho de sí mismo y de la vida.

—Sí —contestó Val evasivamente. No tenía muchas ganas de hablar.

—¿Es la primera vez que viaja a Stralia? Me llamo Bogger de An —se presentó el sujeto.

—Val Hallydan —contestó él—. Sí, es la primera vez que voy a Stralia.

Y no mentía, si consideraba su respuesta desde el punto de vista estrictamente temporal.

—Le gustará —dijo Bogger de An, quien parecía tener muchas ganas de charlar—. Es una ciudad preciosa; puede divertirse alegremente, sin que nadie se meta con uno. Siempre, claro está —añadió con una ligera carcajada—, que posea los suficientes créditos en el bolsillo para poder divertirse.

Val quiso enterarse de los precios que regían en Stralia.

—Una noticia muy interesante —convino—. Y, para un sujeto ávido de diversión, ¿qué suma debe emplear a fin de que su dinero quede bien invertido?

—Oh —Bogger de An hizo un gesto vago—, entre dos y cuatrocientos créditos. El margen es amplio, aunque, naturalmente, el grado de diversión es mayor según la cantidad de dinero que se emplee. A más dinero, más diversión, por supuesto. Precisamente —agregó el parlanchín individuo—, yo soy el dueño de uno de los mejores locales de Stralia: el «Boggersyn». Allí encontrará usted de todo, absolutamente de todo —concluyó Bogger de An con significativo énfasis.

Y al tiempo de terminar su parlamento, extrajo una especie de tarjeta de visita, hecha de un metal muy fino y flexible, cubierto de una capa de oro, con el nombre del dueño, del local y la dirección grabados en letras rojas, de un brillo bastante vistoso.

—Con esta tarjeta, mis hombres le atenderán en el acto —dijo Bogger de An—. Recuerde, nada como el «Boggersyn» para divertirse.

—He venido aquí por negocios —manifestó Val— aunque un poco de diversión no estaría mal. Y ahora, ¿por qué no me señala usted un hotel adecuado?

—Vaya al «Boggerstahl» —rió el individuo—. También es mío y está justo frente al anterior. Enseñe esta tarjeta y le servirán como si fuese usted el mismísimo gobernador de Stralia.

—Se lo agradezco infinito —contentó el joven, guardando la tarjeta. En efecto, podía resultarle interesante la amistad recién entablada con el charlatán Bogger de An. Quizá tuviera necesidad de echar mano de él para el importante asunto que le llevaba a Stralia.

Una súbita inspiración le acometió de pronto. ¿Por qué no utilizar ya ahora mismo los servicios del amable Bogger de An?

—¿Conoce usted a un sujeto llamado Kurelton? —preguntó súbitamente.

—¿Kurelton? —repitió el individuo—. ¿En qué trabaja ese tipo? Si es negociante o comercia en algo, tengo que conocerle a la fuerza. Hay pocas personas a las cuales yo no conozca en Stralia, Hallydan.

—Bien, no me parece que sea precisamente un mercader —contestó Val con cierta cautela—. Yo diría más bien que es un científico.

—¿A qué se dedica? —insistió Bogger de An.

—Es físico. —En realidad, Val no mentía, puesto que el experimentar con las entidades de tiempo y espacio no pertenecía ciertamente a la química.

—Nunca he oído hablar de él —confesó Bogger de An—, pero si tanto le interesa, puede estar tranquilo. Antes de media hora, sabré su dirección.

Entraban ya en Stralia. Val dijo:

—Pero no me gustaría que se hiciese demasiado público mi interés por entrevistarme con él, amigo Bogger.

—Comprendo. —El individuo le guiñó un ojo—. Ustedes los científicos, siempre a vueltas con sus secretillos. Bien, lo haré así y, puede estar tranquilo, llevaré su asunto con suma discreción.

De pronto levantó la voz y llamó al conductor.

—¡Eh, Misbler, para este cacharro en la puerta de mi hotel!

—Muy bien —contestó el conductor.

Unos momentos después, el vehículo se detenía ante la puerta de un enorme edificio de metal y acero, de unos treinta y tantos pisos de altura y situado en una ancha calle de gran tráfico. El aspecto de la Stralia actual era radicalmente distinto de la Stralia casi prehistórica que él había conocido. Ya no se veían aquellas construcciones contrastantes entre sí ni tampoco el abigarrado gentío de todas las épocas que pululaba constantemente en todas direcciones. La gente iba bien vestida y caminaba apacible y sosegadamente, sin alzar apenas la voz. Incluso las personas ancianas conservaban buena parte de los rasgos de la belleza física que parecía ser común en los jóvenes. La aturdidora feria del centro de la calle había desaparecido y, en su lugar, los automóviles de todos los tamaños circulaban velozmente en todas las direcciones y a distintos niveles, a fin de procurar una mayor fluidez al tránsito.

Para no entorpecer el movimiento de la acera deslizante, era preciso acceder al hotel por un arco que pasaba a varios metros por encima del suelo. Val y su servicial cicerone pasaron a la escalera automática que les condujo en unos segundos a lo alto de la pasarela. De allí cruzaron el pequeño trecho que había y penetraron en el hotel, encaminándose directamente a la recepción. Val observó con disimulo el fabuloso lujo con que estaba montado el establecimiento, en comparación con el que había conocido casi tres mil años antes.

—Maxi —ordenó Bogger de An, dirigiéndose al recepcionista—, el señor Hallydan es mi huésped personal. Atendedlo como si fuera yo mismo, ¿estamos?

—Sí, señor —contestó Maxi—. Así lo haremos. El señor Hallydan desea sin duda una habitación.

—En efecto —contestó el joven—. Envíenme también algo de comida y ropa limpia. Pagaré...

Mientras hablaba, había sacado la cartera. Bogger de An cortó su gesto.

—He dicho que usted es mi huésped —exclamó—. Maxi, subid a la habitación del señor Hallydan todo lo que os ha pedido.

—Sí, señor.

El dueño del hotel estrechó la mano del joven.

—Celebro haberle conocido, Hallydan. Dentro de media hora, quizá menos, podré facilitarle los informes que me ha pedido. Y a la noche —le guiñó un ojo con gesto cómplice—, ¡a divertirse después del trabajo!

—Una idea excelente, Bogger —contestó el joven.

Un empleado del hotel le acompañó hasta el ascensor y luego a su habitación. Mientras se desnudaba para bañarse, Val se dijo que, en cualquier parte donde hubiera hombres, la forma de vivir era muy semejante, dependiendo, en todo caso, de la época y del grado de civilización alcanzado. Y en una época donde ya los automóviles viajaban sobre colchón de aire y se utilizaban pistolas energéticas, lo lógico era que sus habitantes viviesen de aquella manera.

Cuando terminó de bañarse, salió envuelto en una toalla. La mesa estaba servida y sobre una silla vio ropa y calzado nuevo. Se vistió rápidamente y luego atacó los manjares con magnífico apetito.

Estaba terminando de comer cuando entró Bogger. El aspecto habitualmente sonriente y dicharachero del individuo había sido sustituido por otro de intensa preocupación.

—Val —dijo, llamándolo por su nombre—, ¿qué clase de individuo es el profesor Kurelton?

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió el joven.

Bogger de An le dirigió una extraña mirada.

—Sólidamente custodiado, trabaja en un laboratorio del gobierno, al cual está prohibida la entrada, bajo ningún concepto. ¿Qué diablos hace ese sujeto?

Val analizó la situación durante unos segundos.

—Bogger —contestó al cabo—, para mí es vital entrevistarme con el profesor Kurelton...

—Pues no creo que lo consiga —declaró el hotelero con ruda franqueza—. Mire, Val, si alguna persona influyente hay en Stralia, ésa soy yo. El gobernador y todos los peces gordos que le rodean me deben favores que no podrán pagar en los días de su vida, pero, en cuanto mencioné este asunto al secretario del gobernador, casi me mata. ¡Condenación, Val, soy buen amigo suyo, pero no puedo arriesgar mi posición por ayudarle en algo que parece energía pura a caño libre!

El joven reflexionó durante unos momentos. Las noticias que le traía Bogger de An eran todo menos animadoras. Pero estimaba que no podía abandonar la partida bajo ningún concepto.

—Muy bien, le agradezco cuanto ha hecho por mí, Bogger —contestó al cabo—. Pero ya sólo necesito de usted dos cosas: la dirección del profesor y un plano de Stralia.

—El plano se lo puedo facilitar, pero la dirección no. No quisieron decírmelo.

Val tiró de la cartera.

—Bogger, usted mejor que yo sabe que es raro el hombre que no tiene su precio. ¿Bastarán mil créditos para conocer esa dirección?

Bogger de An remoloneó unos segundos, mientras se tironeaba del labio superior.

—Bueno —dijo, cogiendo los billetes—, lo intentaré, pero no garantizo nada. Espere aquí y no se mueva.

—Ah —exclamó Val—, ¿y qué me dice de una pistola energética?

Bogger de An le miró curiosamente.

—¿Piensa liquidar a Kurelton?

—No, solamente defenderme, si resultase atacado.

—Esto no me gusta —refunfuñó el hotelero—. He de pensar en mi futuro...

—No habrá futuro si yo me quedo cruzado de brazos, Bogger —aseveró Val enfáticamente—. Puede que esto le parezca exageración, pero es la pura verdad. La paz reina en Stralia, pero se corre el gravísimo riesgo de que se altere cualquier día y la ciudad quede destruida, con las consecuencias que son de prever para sus moradores.

—¡Me pinta usted un panorama agradable! —refunfuñó Bogger de An—. ¿Y cómo sabré yo que es cierto todo lo que dice, Val?

El joven se encogió de hombros.

—Sólo puedo apoyarme en mi palabra; no puedo presentarle más pruebas. Pero puede estar seguro de que cuanto le he dicho es la pura verdad.

Bogger de An lanzó un suspiro.

—Bien, haré lo que pueda, Val. Pero no se mueva de aquí, por favor.

—Estaré esperando su vuelta sin moverme de la habitación —

afirmó el joven rotundamente.

CAPÍTULO XII

A través de las sombras de la noche, Val se deslizó silenciosamente hasta la casa donde el profesor Kurelton tenía su laboratorio de experimentos espaciotemporales.

Los mil créditos, unidos a un circunstanciado relato de lo que había ocurrido en Sharryck en el pasado, habían convencido por fin a Bogger de An. Val pensó que había sido una suerte enorme toparse con un sujeto tan dispuesto a colaborar; de lo contrario, sus planes habrían sufrido, quizá, perturbaciones nada convenientes para el ulterior desarrollo de los mismos. Pero la mano de Bogger de An se había hecho notar y ahora estaba acercándose al laboratorio de Kurelton, situado en las afueras de la ciudad, en plena campiña.

Bogger de An había demostrado ser un hombre que sabía mover sus peones. No sólo le había proporcionado un plano de la ciudad y alrededores, sino que le había entregado también unos esquemas con la situación del laboratorio y los puntos donde se situaban los centinelas, que vigilaban el edificio por orden del gobierno. Ahora se estaba acercando a uno de estos puntos, dispuesto a cualquier cosa con intención de entablar contacto con el profesor Kurelton a cualquier precio.

Los centinelas estaban armados con pistolas energéticas de alta potencia, capaces de mantener una ráfaga de energía pura durante diez segundos seguidos, lo cual significaba que la duración de su descarga era cien veces superior a la de las armas normales. En tal caso, el nuevo tipo de dicha pistola podía devastar totalmente una ancha faja de terreno y aun destruir una casa de regular tamaño. Por lo tanto, le era preciso actuar cuidadosamente si quería conseguir sus propósitos.

Lo malo eran las cinco lunas que orbitaban en el cielo sharryckano y que proporcionaban una iluminación superior a la del satélite terrestre en un cincuenta por ciento. Aparte de que tenía

bastante prisa, alguna de las cinco lunas lucía siempre en el cielo, aunque las otras estuvieran en fase de novación, con lo que siempre había algo de luz durante la noche. Era preciso actuar ahora o ya no tendría una nueva ocasión de hacerlo.

La silueta del centinela, paseándose por delante de él, se recortó súbitamente delante de sus ojos. A veinte metros escasos de distancia estaba el muro que circunvalaba la casa del profesor.

Se inclinó, tanteando el suelo hasta encontrar un pedrusco que arrojó hacia su derecha y a espaldas del guardián. Éste giró de inmediato sobre sus talones, aprestando su pistola energética en el acto.

Val saltó como un tigre sobre el individuo. Levantó el caño del arma y lo abatió sobre su nuca. El guardián se desplomó en el acto.

Enseguida lo retiró a un lado y desgarró sus propias ropas a fin de atarlo y amordazarlo convenientemente. La pistola del centinela pasó a su poder.

Se acercó a la tapia, cuyo borde superior rozaba los dos metros y medio de altura. Tomó un poco de carrerilla y se encaramó sobre la barda. Luego se dejó caer silenciosamente al otro lado.

Permaneció unos minutos quieto, escuchando los menores ruidos que se producían en torno a él. El edificio del laboratorio estaba rodeado por un frondoso jardín, al otro lado del cual se divisaban unas luces.

Caminó cautelosamente, procurando no hacer el menor ruido. Poco después, llegaba a la casa.

Miró por encima del antepecho de una de las ventanas. Había un sujeto de unos sesenta años, de cabellos grises y de cuerpo delgado, cubierto con una bata blanca, inclinado sobre un gran tablero de dibujo, encima del cual se veían numerosos dibujos y diagramas. La habitación era de vastas dimensiones y, en un lado de la misma, Val pudo divisar también un gran montón de piezas y fragmentos de metal, que parecían constituir las partes de un vehículo a medio construir. En otro rincón vio un extraño artefacto, consistente en un gran cajón vertical, de unos dos metros de alto, por uno de fondo y unos dos de ancho, cuya parte superior estaba llena de minúsculas lamparitas piloto que se encendían y apagaban continuamente. En el centro se divisaba una especie de pantalla visora, en cuyo vidrio deslustrado podían verse aparecer y desaparecer sin cesar toda clase

de letras, cifras y signos, en confusa mezcolanza. Val entendió que debía de ser la calculadora de que se servía el profesor Kurelton para sus trabajos.

Respiró aliviado. Había llegado a tiempo. El cronomóvil, la primera máquina del tiempo, no había sido construida todavía.

Dio la vuelta a la casa hasta encontrar una puerta. Tanteó el pomo; al parecer, se consideraba suficiente la vigilancia externa, ya que no estaba cerrada con llave. Cruzó el umbral sigilosamente y se adentró en la silenciosa casa, alumbrándose con un par de fósforos.

No tardó mucho en llegar al laboratorio. Entonces, abrió la puerta, pasó al otro lado y cerró a sus espaldas.

Abstraído como estaba en sus cálculos, Kurelton tardó algunos momentos en darse cuenta de su presencia allí. De pronto, levantó la cabeza y vio al joven.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó, evidentemente sorprendido.

—Mi nombre le dirá a usted muy poco, profesor —contestó el joven sosegadamente—. Me llamo Val Hallydan, pero esto carece de interés ahora. Lo realmente importante es el motivo que me ha traído aquí.

Kurelton enarcó las cejas.

—Bien, explíquese usted, joven —pidió al cabo de unos segundos de silencio especulativo—. Me imagino que no habrá pedido permiso a nadie para llegar hasta mi casa, ¿no es cierto?

—Así es, profesor —admitió el joven—. Tuve que golpear a un centinela, atarle, amordazarle, saltar la tapia y... Pero dejemos esto a un lado y vayamos al grano.

—Eso es lo que estoy esperando desde que usted entró aquí —gruñó Kurelton—. Puesto que ha podido llegar a mi laboratorio, le dejaré que se explique. Luego le diré que se vaya antes de que las cosas empeoren para usted.

—Muy bien, profesor. Entonces le diré que, si quiere hacer a Sharryck un gran bien, no debe construir su máquina del tiempo.

Los ojos de Kurelton amenazaron con salírsele de las órbitas.

—¿Está loco? —casi gritó—. ¿Piensa que voy a desistir de mi mayor empeño, ahora que estoy a punto de triunfar? Joven, dígame de dónde ha sacado usted esa idea tan disparatada.

—De la horrible situación en que se encuentran los habitantes de

las distintas épocas de Sharryck —contestó el joven sin titubear—. Y todo ello como consecuencia de su invento, profesor.

—No le entiendo. La máquina del tiempo servirá para los investigadores...

—Y también para que los sharryckanos se maten entre sí a cada momento. Usted no puede verlo ni puede saberlo, claro está, pero una horrible anarquía reina en el planeta. Los hombres se persiguen y combaten ferozmente a través de las edades, matándose despiadadamente, sin cuartel, como fieras ávidas de sangre. Lo que empezó con un conflicto de limitadas proporciones, entre los ejércitos de dos naciones sharryckanas, se ha convertido en una guerra total en el tiempo y en el espacio, un conflicto absoluto donde sólo vive el más fuerte, el más cruel, el más despiadado. Eso es la consecuencia de su invento, profesor, por mucho que le cueste reconocerlo.

Por un momento, Kurelton pareció sentirse abrumado por las palabras del joven. Luego, reaccionando, preguntó:

—¿Cómo puedo saber yo si lo que me dice es verdad?

—Hay una forma de hacerlo: acompáñeme a un lugar donde, dentro de día y medio, vendrá un cronomóvil a recogerme. Entonces le permitiré a usted hacer una exploración por las distintas edades... aunque —sonrió Val— no le garantizo su regreso. Usted ya tiene algunos años y carece de costumbre de utilizar las armas... y, hasta el año dos mil trescientos cincuenta de Sharryck todo el mundo guerrea que es un contento. En lo que a mí se refiere, jamás había rozado el cabello de nadie, pero después de haber llegado a este planeta, puedo afirmar que he matado más personas que las que podía soñar en los días de mi vida.

Kurelton estaba estupefacto. La sinceridad latía en las palabras del joven.

—Pero... ¿cómo ha podido ocurrir una cosa semejante? —preguntó con voz débil.

—Usted inventó... Perdón, inventará la máquina del tiempo —contestó Val—. Dentro de unos años, no sé cuántos, dos naciones entrarán en conflicto. Esas naciones, mejor dicho, sus ejércitos, pelearán salvajemente. Uno de los dos bandos en pugna se sentirá derrotado y, a fin de evitar una catástrofe total, construirá un gran número de cronomóviles con los cuales escapará a una época

pretérita. Los otros les seguirán, pero, entonces, se mezclarán con los habitantes de distintas edades... Éstos irán entrando sucesivamente en liza, al mismo tiempo que el uso del cronomóvil se popularizará. Las máquinas del tiempo se venderán baratísimas, a cualquier precio, sin límite alguno. Entonces, eso creará... creó es la expresión correcta, una situación paradójica y absurda donde el hombre de las cavernas pelea contra los tanquistas y los soldados de caballería contra los lansquenetes... Es una lucha salvaje, sin cuartel, donde sólo sobrevive el más fuerte o el mas afortunado... Y usted puede terminar con esa matanza colosal que se prolonga a través de milenios solamente con no construir su primer cronomóvil.

Kurelton parecía muy afectado por las manifestaciones de Val.

—Pero —alegó—, si desisto de mis trabajos, se producirá una situación también paradójica. Los estratos temporales volverán a ordenarse y aquél que sea sorprendido en una época distinta de la suya no volverá a la que le pertenece por su nacimiento.

—Aparentemente, así debiera ser, pero no será.

Kurelton miró fijamente al joven.

—¿Por qué? —inquirió.

—Recuerde el primer y todavía futuro conflicto. Uno de los dos bandos en pugna, indefectiblemente resultará derrotado. *Pero no podrá huir al pasado y, por lo tanto, no se conocerán los cronomóviles en las épocas anteriores*. Eso significa que la historia volverá a sus cauces temporales ordinarios, sin que nadie sepa ni haya oído hablar de las máquinas del tiempo. Muy posiblemente, dentro de un siglo, dos o varios, surja otro inventor que construya un cronomóvil; pero, entonces, la idiosincrasia de los sharryckanos habrá variado lo suficiente para manejar esas máquinas con sumo cuidado y hacer su uso todo lo más restringido posible, sin temor a causar desastres perjudiciales para la humanidad de este planeta. Mientras tanto, usted, en bien de Sharryck y de sus habitantes, debe renunciar a la construcción de su aparato.

Kurelton miró fijamente al joven durante unos segundos.

—Dijo antes que se llamaba Val Hallydan —habló al cabo.

—Sí, ciertamente —afirmó él.

—Ya decía yo que el nombre y el rostro me recordaban algo —sonrió Kurelton—. Se trata de una estatua que hay en el Parque.

Está dedicada al primer terrestre que estableció un tratado entre su planeta y Sharryck, que luego se casó con una nativa y concluyó sus días habiendo desempeñado un importante papel en el progreso de este mundo. Dejó muchos descendientes... El apellido Hallydan es bastante conocido por ahí, se lo aseguro.

Val sonrió.

—Ésa sí que es una noticia excelente, profesor —dijo. Luego, ansiosamente, preguntó—: ¿Qué, destruye lo que ha hecho hasta ahora...?

Los ojos de Kurelton parecieron humedecerse un segundo. Dijo:

—Es triste tener que renunciar a lo que uno más quiere... al motivo por el cual he trabajado tantos años... Pero, si ha de causar tan tremendas catástrofes, es mejor evitarlas. Ahora mismo romperé todos mis documentos y cálculos, y enviaré a la fundición las partes del cronomóvil que tengo construidas. Luego me dedicaré a...

—¡A terminar el cronomóvil de una vez! —exclamó bruscamente alguien, irrumpiendo de modo inesperado en el laboratorio.

Val y Kurelton se volvieron al mismo tiempo. Val lanzó una exclamación de asombro al reconocer a los dos individuos que penetraban en la pieza, provistos ambos de sendas pistolas energéticas.

—¡Quell! ¡Juez Mirz! —dijo, atónito.

Los dos individuos se habían detenido a pocos pasos de la entrada.

—Vamos a terminar de una vez contigo —dijo el juez Mirz—. Tuviste suerte cuando aquella chica te arrancó del tajo del ejecutor, pero ahora ella no estará presente para ayudarte.

—A propósito —exclamó Quell—. ¿Dónde se ha metido? No la veo aquí.

—Será difícil que la encuentren —contestó el joven, vigilando atentamente a los recién llegados—. Pasarían millones de años y no sabrían dar con ella.

—Bueno —contestó el juez Mirz—, eso es ahora lo de menos. Lo importante es que tú vas a desaparecer para siempre y que el profesor Kurelton terminará de construir su cronomóvil, para que la historia siga el curso que tiene marcado.

Val movió ligeramente la cabeza.

—Ahora lo entiendo —dijo.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó Quell, frunciendo el ceño.

—Los motivos por los cuales te mostrabas tan hostil a vender un cronomóvil con alcance temporal superior a los tres mil años. No querías que viniese a visitar al profesor Kurelton, ¿verdad?

—Así es —reconoció Quell francamente—. No nos conviene a ninguno de los dos.

—Y no les conviene —tronó Val— a fin de que, de ese modo, puedan seguir los dos lucrándose con el dinero que tan fácilmente obtienen en la Stralia de hace miles de años, y donde el vicio y la depravación reinan por doquier, merced a unas leyes absurdas y disparatadas. Si no existieran el vicio y la depravación, ninguno de los dos podría medrar tanto como medra ahora, ¿no es cierto?

—Admitámoslo —dijo el juez Mirz—. No eres tú el primero que intenta una cosa semejante, aunque todos los que lo hicieron antes que tú fracasaron lamentablemente. Quizá fue porque no tuvieron una ayuda tan valiosa como la que te prestó la chica, pero éste no es el momento de discutir cosas que ya no pueden alterar el curso de los acontecimientos. —Levantó la mano armada y apuntó hacia el joven—. Tú vas a desaparecer y el profesor terminará de construir su máquina del tiempo.

Súbitamente, Kurelton se puso delante de Val.

—¡Quietos ahí! —gritó—. Si tocáis un solo cabello de la cabeza de este muchacho, me negaré a seguir trabajando en mi invento. De todas formas, ya no pienso hacer nada. Val Hallydan me ha convencido; por ahora, el cronomóvil no es sino un invento funesto, que sólo malos resultados puede dar. No seguiré adelante, repito —concluyó el profesor con acento que no permitía lugar a dudas.

Los dos compinches se desconcertaron momentáneamente, sorprendidos por la inesperada actitud de Kurelton, a quien no suponían capaz de una cosa semejante. Pero, de pronto, Quell exclamó:

—¡Profesor, continúe sus trabajos! ¡Le llenaremos de oro...!

—¡El dinero no me interesa! —le atajó Kurelton, incisivamente—. Todo el oro de Sharryck no vale lo que una vida humana... Y mi máquina ya ha causado bastantes catástrofes. ¡Idos de aquí en el acto!

Los dientes del juez Mirz crujieron audiblemente. Dijo:

—No será como usted piensa, profesor. Mataremos a ese entrometido y a usted le obligaremos, de grado o por fuerza, a seguir adelante en sus experimentos. ¡Vamos, Quell, ladéate y dispara contra Hallydan!

El vendedor se echó a un lado, con ánimos de buscar un costado desprotegido de Val. Pero, entonces, el joven, actuando súbitamente, agarró con ambas manos el tablero de dibujo de Kurelton y lo arrojó con todas sus fuerzas.

Quell lanzó un agudo grito y cayó de espaldas; luego se esforzó en quitarse de encima aquel estorbo que le impedía moverse con holgura. Mirz soltó una espantosa imprecación y dio dos pasos laterales, apuntando hacia Val con su pistola.

Pero su gesto había hecho que Val ganase unos segundos preciosos. Ya tenía la pistola energética en la mano y apretó el gatillo, abrasando al juez Mirz a cuatro pasos de distancia. Mirz se desplomó, con un horrible boquete en el pecho del tamaño de un puño.

En aquel momento, sonó un agudísimo chillido. Kurelton se dejó caer al suelo con todo un brazo y el costado izquierdo volatilizados por una descarga de Quell. Val entendió que el vendedor había querido disparar contra él, pero había errado la puntería, destrozando al profesor.

Val no le dio tiempo a corregir su tiro. Presionó nuevamente el gatillo y la cabeza de Quell desapareció en el acto.

El profesor estaba tendido en el suelo. Aunque no había muerto en el acto, sus heridas eran tan horribles que era presumible su próximo fallecimiento.

Val se arrodilló a su lado. Kurelton se esforzó por levantar la cabeza.

Dijo:

—De... destruye este laborato... rio, hijo... No dejes que quede... piedra sobre piedra... Esa pistola...

De repente, la cabeza del profesor cayó hacia atrás. Sus ojos quedaron fijos en un punto del techo y Val comprendió que había muerto.

Por unos momentos, permaneció como estaba, arrodillado y con la cabeza doblada sobre el pecho, junto al cadáver del científico. Al cabo de unos minutos, se incorporó lentamente.

Miró en torno a él. Levantó la mano.

Cuidadosamente, apuntó hacia los puntos más vulnerables del laboratorio y empezó a quemarlo todo.

EPÍLOGO

Alguien le tocó en un hombro. Despertó, todavía con la mente embotada por el sueño, dándose cuenta que estaba tendido sobre el césped y que los soles de Sharryck lucían con fuerza en lo alto.

—Vamos, perezoso —sonó la voz de Doren.

Val se puso en pie. Miró a la chica y la encontró más encantadora que nunca.

—Hola —dijo—. Estás más guapa que nunca, ¿sabes?

—Pero también hambrienta después de dos días seguidos a dieta de fruta —contestó ella prosaicamente—. Bien, ¿qué tal te ha ido? ¿Resultó todo como esperabas?

—Sí. Ya no se construirá el cronomóvil. —Y acto seguido. Val procedió a relatar a Doren sus aventuras en la Stralia de trescientos cincuenta años después.

Al terminar, ella se quedó muy pensativa.

—El cronomóvil no se construirá, pero y ese aparato —señaló al que estaba a unos pasos de distancia—, ¿qué es, quieres decirme? Si todo ha vuelto a la normalidad, ¿cómo es que yo estoy fuera de mi época? ¿Por qué no he vuelto con los Tchalkak?

Val respondió:

—Por la sencilla razón de que, cuando se produjeron los acontecimientos que te relaté, tú no existías, Doren.

—¿Que yo no existía? —exclamó ella, llena de sorpresa—. ¿Cómo puedes decir tal cosa? Me he estado viendo a mí misma durante cuarenta y ocho horas…

—Espera —dijo él—. No existías en ningún plano espacial. Cuando se viaja a través del tiempo, se abandona por completo el estrato espacial en que se vive habitualmente y entonces se vive en un plano o estrato temporal, absolutamente distinto y desligado por completo de todo término de espacio sólido, considerado éste en

términos concretos. Tú vivías en una dimensión intangible, fuera por completo de todo lo que se puede ver y tocar. Por eso, las reacciones producidas por la no construcción del cronomóvil no te alcanzaron a ti ni al vehículo en que viajabas.

—En términos vulgares, yo estaba fuera de este mundo.

—Ni más ni menos, Doren.

La muchacha se quedó pensativa durante unos momentos. Luego, señalando al cronomóvil, preguntó:

—¿Qué haremos ahora, Val?

—Volveremos a esperar a la «Minerva» —contestó—. Tenemos mucho que hacer; entablar relaciones comerciales, vender, comprar... y casarnos, si tú me quieres como esposo.

—Lo pensaré —contestó ella maliciosamente.

—Dirás que sí —afirmó él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Me lo dijo un pajarito —repuso Val—. Nos casaremos, viajaremos a la Tierra varias veces y, finalmente, nos estableceremos en Stralia para siempre. Tendremos un montón de hijos y... Pero para eso queda mucho tiempo todavía, querida. —La tomó por los hombros y la empujó hacia el cronomóvil—. Ahora tenemos trabajo, no podemos seguir parados ni un minuto más.

Al tiempo de arrancar, ella preguntó:

—¿Qué harás con el cronomóvil cuando hayamos regresado a la época en que nos conocimos?

—Destruirlo —replicó él firmemente—. En Sharryck, por ahora, es un aparato mortífero. Lo haremos desaparecer por completo.

—Como tú quieras, Val —respondió ella, dirigiéndole una mirada llena de luz.

Mientras viajaban de regreso hacia su época. Val se preguntó si todo cuanto le había pasado, en aquellos tres o cuatro días que había permanecido en el planeta, no había sido producto de una pesadilla.

Pero, un año más tarde, Doren le dio una muestra palpable y chillona de que, en efecto, no había habido tal pesadilla.

F I N